
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
CITA EN LA
LUNA
por VAN S. SMITH


VAN S. SMITH
CITA EN LA LUNA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal. V. 799 - 1959
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA



CAPÍTULO I

Echado en su camastro, sumido en la oscuridad de la habitación, Kidder podía escuchar el murmullo de la discusión que tenía lugar en el pasillo:

-Le aseguro que es imposible, señora. El capitán Kidder duerme ahora... No puedo despertarle...

La voz femenina seguía cuchicheando, demasiado bajo para que el malhumorado Kidder pudiera entenderla. El ordenanza repitió:

-No puedo... no puedo. Y mire, señora; no sé cómo ha logrado entrar aquí, pero en como la descubran me va a crear un compromiso. Se lo repito, el capitán Kidder...

Haniel Kidder echó las ropas de la cama a un lado, puso sus descalzos pies en el suelo y fue a abrir la puerta con violencia. Las duras palabras que iba a pronunciar, tanto para el ordenanza como para la tenaz inoportuna que con tanta insistencia porfiaba en verle, quedaron suspensas en la punta de su lengua al reconocer a la mujer.

Tanto ésta como el ordenanza se volvieron a la vez y enmudecieron. El azoramiento del soldado era visible. El de la dama sólo duró un segundo.

-¡Oh, Haniel! -exclamó corriendo hacia él-. No sabes cuánto me ha costado llegar hasta aquí. Ni siquiera so...

-Puede que no mereciera la pena haberte esforzado tanto, Gladys. ¿Qué quieres? -la interrumpió Kidder secamente.

-¡Dios mío! -exclamó la dama-. He sido tu novia durante tres años... vas a emprender ese absurdo viaje a la Luna, del que ni siquiera se sabe si volverás... ¿Y me preguntas qué quiero?

Kidder la contempló fija y pensativamente, bajo la luz no muy fuerte del pasillo. Ella tenía la piel satinada, suave el óvalo de la cara, el pelo rubio y los ojos azules y rasgados. Era curioso que Kidder se hubiera sentido tan desgraciado al perderla, y que en este momento no experimentara otra sensación que la de una profunda y glacial indiferencia.

-¿Quieres decir que has venido a despedirme? -interrogó.

Ella miró significativamente al ordenanza. Kidder despidió con un movimiento de cabeza al soldado y se apartó invitando a la mujer a entrar en la habitación.

La dama entró, esperando a que Kidder pulsara el interruptor que bañó de azulosa luz aquella estancia. Y entonces, sus lindas e inquietantes pupilas miraron en torno abarcando el varonil desorden que reinaba allí. Luego se volvió hacia Kidder.

-Haniel -dijo con voz suave y acariciadora-. ¿Por qué haces esto?

-No sé qué quieres decir, Gladys -repuso Kidder tomando un cigarrillo del paquete que tenía sobre el velador contiguo a la cama.

-Contéstame a esta pregunta, Haniel. ¿Es cierto lo que he leído en algunos periódicos? ¿Te ofreciste voluntario para pilotar ese cohete a la Luna por amor a mí? ¿Estabas tan desesperado, Haniel? ¿Tan amargado y desesperado porque me casé con George Anfield?

Haniel la contempló entre divertido y admirado.

-Gladys -contestó-; supongo que si niego tal cosa te sentirás muy defraudada, pero... ¿cómo has podido creer en todas esas patrañas que han publicado los periódicos?

-Haniel, no trates de engañarme -dijo ella con acento de reproche-. Me consta que me amabas mucho... que siempre me has amado... ¡oh, fue un golpe terrible para ti que me casara con Anfield, lo sé!

-No obstante lo cual, no te importó mucho causarme tal dolor.

-¡Por Dios, Haniel! No creo que sea esta hora apropiada para hacernos mutuos reproches. Es posible que yo misma ignorara lo mucho que me amabas hasta que oí decir que te habías prestado voluntario para tripular ese cohete a la Luna.

-Olvida lo que han dicho los periódicos, Gladys. No es cierto que estuviera tan desesperado cuando me ofrecí a realizar esta misión. Y no es así como me siento ahora, por supuesto. Era natural que los periodistas buscaran alguna razón sentimental en la resolución que me impulsa a esta misión. Siempre ocurre así con todas aquellas personas que por algún

tiempo asumen la máxima popularidad en este país. La gente quiere saber cosas... pero en el caso presente no hay tal razón sentimental. Simplemente, he sido escogido entre más de un centenar de voluntarios que se ofrecieron para realizar este viaje a la Luna... y puedes apostar que no me escogieron por considerarme el más desesperado entre todos, sino por otras varias y muchas razones cuya enumeración sería inútil tratarte de explicar.

-Haniel, ¿quieres decir que...?

-Sólo diré que, sintiéndolo mucho, no es mi desesperado amor hacia ti lo que me impulsa a esta empresa que la gente ha dado en considerar suicida. No hay tal suicidio, Gladys. La verdad es que cuento por lo menos con sesenta probabilidades entre cien de poder regresar a la Tierra.

La expresión del bello rostro de la señora Anfield era ahora desolada, más bien desesperada.

Kidder la vio sonrojarse, arrugando el ceño con aire contrariado.

-Consuélate, Gladys -le dijo él-. Sea como sea, la gente seguirá creyendo que marcho en busca de una muerte cierta por amor a ti. Tu vanidad queda ampliamente satisfecha con todo lo que los periódicos han estado hablando de nuestros viejos amores. Los periodistas y los cazadores de autógrafos te ponen cerco, y hasta creo que te han hecho ofertas ventajosas para presentarte en la televisión. Tus fotografías han aparecido en los periódicos al mismo tiempo que las mías... Por cierto, ¿qué dice tu marido de todo esto? Supongo que se envanecerá entre sus amistades de haberse llevado por dinero a una mujer cuyo amor ha sido capaz de inspirar a Haniel Kidder tan temeraria y arriesgada empresa.

-Haniel, te estás burlando de mí, ¿verdad? -exclamó *mistress* Anfield haciendo rechinar sus menudos dientecillos.

El astronauta no tuvo ocasión de contestar. Una mano nerviosa repicó en la puerta y ésta se abrió antes que Kidder respondiera dando permiso para entrar.

Un hombre alto de pelo rizado, que vestía el uniforme de general de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, se precipitó en la habitación y se detuvo un poco sorprendido al ver a la joven señora.

-Perdone -murmuró el recién llegado-. Creí que estaba solo.

-La señora Anfield iba a marcharse de todos modos -dijo Kidder-. General Darrhan, le presento a la señora Anfield.

Darrhan hizo un leve movimiento con la cabeza y clavó sus inquisitivas pupilas en la joven, la cual dio muestras de gran turbación al tender desmayadamente su mano a Kidder mientras decía:

-Solo puedo decirte esto, Haniel. Te deseo... un buen viaje. Tanto gusto, general. Emm... ¡adiós!

La contrariada señora Anfield, más bien que salir, fue empujada por la puerta que Darrhan cerraba impacientemente tras ella. El general llevaba en

la mano un periódico que agitó ante el rostro de Kidder.

-¡Vea esto, Haniel! -exclamó enojadamente-. Los rusos nos volvieron a tomar la delantera. Esta tarde, mientras nosotros almorzábamos tranquilamente, ellos lanzaron su primer cohete interespacial tripulado con la pretensión de alcanzar la Luna. ¡Oh, mire... mire!

Darrhan puso el periódico en las manos de Kidder, el cual lo desplegó leyendo en voz alta los grandes titulares: "HOY A LA UNA (HORA DEL PACÍFICO) LA U.R.S.S. DISPARÓ UN PROYECTIL GIGANTESCO A LA LUNA." "SE TRATA DE UN COHETE TRIPULADO CON EL CUAL SE PROPONEN LOS RUSOS SER LOS PRIMEROS EN SENTAR SU PLANTA SOBRE EL SATÉLITE DE LA TIERRA."

El periódico era un número vespertino de San Francisco con la tinta todavía oliendo a fresca.

-¿Cómo es posible que los periódicos lo hayan sabido antes que nuestro servicio de Información Militar? -interrogó Kidder.

-No lo supieron antes -contestó Darrhan con amargura-; sino al mismo tiempo. La primera noticia que tuvo nuestro Servicio de Información le llegó por la propia agencia de información soviética. ¡Oh, esos malditos rusos saben guardar bien sus secretos!

El disgusto del general era tremendo según podía deducirse de la expresión sombría de su rostro y el brillo furioso de sus ojos.

-¿Y bien? -dijo Kidder-. ¿Altera eso de alguna forma nuestros planes?

-¿Cómo dice? -inquirió el abstraído general.

-¿Vamos a suspender nosotros nuestra salida hasta saber el resultado de la intentona soviética?

-¡No, por todos los diablos! Nosotros proseguiremos nuestro proyecto tal y como habíamos establecido punto por punto.

-Sin embargo -dijo Kidder desalentado- es posible que ya no seamos los americanos los primeros en pisar el suelo de la Luna.

Darrhan le contempló con expresión absorta.

-¿Se siente usted defraudado, verdad, Haniel?

-Sí. ¿A qué negarlo?

-Bueno. Todavía nos queda la esperanza de que los rusos fracasen también esta vez. Mas si ellos consiguen llegar a la Luna... ¡qué diablo! El mundo no podrá decir que los americanos estuviéramos durmiendo, y si un ruso pone su maldita planta sobre la Luna, un norteamericano hará lo mismo solo nueve horas después.

Darrhan consultó su reloj de pulsera.

-Son las ocho y media, Kidder. Debería ir preparándose para la salida, no sea cosa que surjan retrasos de última hora que nos obliguen a suspender el lanzamiento por otras veinticuatro horas.

-Estaré en el cohete dentro de media hora.

El general se encaminó hacia la puerta y asió el tirador. No obstante, todavía se volvió para decir:

-Y no se preocupe demasiado porque un ruso le lleve la delantera, Kidder. Ya basta con que todos los demás estemos disgustados. La prueba tiene que resultar un éxito, ¿comprende? O el mundo entero nos pondrá en la picota con razón. Después de todo, ¿quién sabe si no podrá recuperar el tiempo perdido en el espacio y llegar a la Luna al mismo tiempo que su competidor?

Haniel Kidder se encogió levemente de hombros y el general salió cerrando la puerta tras sí.

* * *

A las nueve en punto, Haniel Kidder salió por la rampa del sólido *búnker* de cemento escoltado por dos policías militares y montó en el *jeep* que había de conducirle hasta el distante cohete.

El gigantesco proyectil, de la altura de una casa de 20 pisos, humeaba adosado a la armazón de acero de la torre de lanzamiento, magnífico e imponente bajo el brillante haz de los reflectores asentados sobre él. Su pequeño cono superior (pequeño con relación al resto del conjunto) estaba pintado de color rojo. La segunda sección, formada por un cohete provisto de alas en delta, era amarilla.

La primera sección, destinada a elevar a las otras dos y a separarse de éstas a unos 100 kilómetros de altura, era blanca y verde.

En conjunto, el enorme artefacto ofrecía un aspecto impresionante. Y esta sensación aumentaba con la circunstancia de servirle de fondo el plateado disco de la Luna llena que estaba elevándose por detrás sobre la blanca y fantasmagórica extensión del desierto de Mojave.

La salida del primer hombre hacia la Luna, anunciada con bombo y platillos desde un mes antes, había reunido en aquel apartado lugar del desierto a una multitud de periodistas, reporteros gráficos, fotógrafos y operadores de televisión. Todos éstos, sin embargo, eran mantenidos apartados a viva fuerza por un cordón de policías militares cuando Haniel Kidder saltó del coche y cruzó bajo la brillante luz de los focos hasta la gigantesca torre de lanzamiento.

John Sloan, el piloto de la segunda sección del cohete que habría de elevarle a 700 kilómetros de altura y abandonarle allí para regresar a la Tierra en su alado proyectil, acababa de revisar los controles de su aparato y se anunció dispuesto a ayudar a Kidder en la revisión de los suyos.

Los dos hombres fueron elevados en el ascensor hasta la altura de la cabina del cohete medio. Y de allí, por una escalerilla de hierro adosada al costado de la gigantesca máquina, llegaron hasta la diminuta cabina de la tercera sección o cohete especial propiamente dicho.

Por espacio de 40 minutos, los dos pilotos revisaron todo el complejo equipo de instrumentos de la cabina, anotando cuidadosamente cada dato en un cuaderno y hablando por teléfono con los científicos y encargados del control de la cámara de lanzamiento, emplazada en la mole de cemento y acero situada a cierta distancia de allí.

En ningún momento, por parte de los dos pilotos, apareció la menor muestra de ansiedad ni nerviosismo alguno.

Ambos habían sido entrenados especialmente para esta misión y habían repetido centenares de veces esta metódica y bastante aburrida inspección. Cada uno de sus movimientos retrataba en sí el pleno dominio y la seguridad en sí mismos de estos hombres excepcionales, escogidos después de concienzuda selección entre un grupo de más de cien maravillosamente dotados, tanto física como intelectual y moralmente, capaces todos ellos de sustituirles en el mismo instante que dieran muestras de la menor vacilación.

-Muy bien, muchachos -dijeron desde la sala de control-. Pueden ahora bajar y fumar un cigarrillo hasta el momento de volver a sus puestos.

Sloan y Kidder descendieron por la escalerilla, y luego en el montacargas, hasta el nivel del desierto donde eran esperados por los fotógrafos, los redactores de prensa y los inquietos objetivos de las cámaras de televisión.

Al aparecer Kidder, un potente foco le fue asestado desde un camión en cuyo techo iba montada una cámara de televisión. Y dos hombres empuñando sendos micrófonos y arrastrando un manojo de cables, se le acercaron.

-Ante nosotros, queridos teleoyentes, el capitán Haniel Kidder, el hombre de la Luna, que acaba de descender de su cohete especial después de haber revisado por última vez sus instrumentos de vuelo -anunció uno de los hombres del micrófono.

Y el otro anunció:

-Faltan dieciocho minutos para la hora cero y en el ambiente de este apartado rincón de Mojave se respira el aire de los grandes e inminentes acontecimientos. El anuncio hecho por los rusos de que un cohete soviético nos lleva la delantera en el camino hacia la Luna, ha puesto al rojo vivo la expectación que lógicamente había de rodear al suceso más trascendental de la historia de la aeronáutica. Capitán Kidder, ¿será tan amable de dedicar algunas palabras para los escuchas de la nación? ¿Qué sensación le produjo saber que tiene un competidor ruso volando delante de usted a través del espacio hacia la Luna?

-De fastidio -repuso Kidder lacónicamente.

-¿Existe alguna posibilidad de que pueda adelantar a su competidor y llegar antes que él a la Luna?

-Si supiera la velocidad del cohete ruso podría contestar a esa pregunta.

-Supongamos que usted y el piloto ruso se encuentran en la Luna.

-Ésa es una posibilidad muy remota.

-¿Le felicitaría usted cordialmente?

-Le aplastaría las narices de un puñetazo. Luego puede que le felicitara.

-¿Cómo? ¿No estima usted esta carrera hacia la Luna como una competición leal y puramente deportiva?

-En una competición deportiva, los competidores se avisan con anticipación sus propósitos y toman al mismo tiempo la salida. Nosotros anunciamos hace meses nuestra idea de lanzar un cohete tripulado a la Luna. Podríamos haber ganado a los rusos si hubiéramos ocultado nuestros proyectos como ellos hicieron. No habiendo habido acuerdo previo, excluyo toda idea deportiva de esta carrera hacia la Luna. Es pura cuestión de competencia.

El ordenanza de Kidder apareció junto a éste y anunció:

-Capitán, ha llegado el momento de vestirse.

Varias lámparas de destello relampaguearon antes que Haniel Kidder pudiera salir del cerco de los periodistas para entrar en un pequeño barracón de madera próximo.

John Sloan se encontraba ya allí en manos de sus ayudantes, embutiéndose entre suspiros y maldiciones en su ceñido y engorroso traje G. El de Kidder era parecido, solamente que todavía más complicado. En efecto, Sloan iba a realizar una breve incursión por el espacio para soltar el cohete de Kidder y planear inmediatamente de regreso a la Tierra.

Haniel haría solo la travesía del espacio y desembarcaría al llegar a la Luna.

Fumando su último cigarrillo mientras los ordenanzas tiraban de los cordones de sus ajustados corsés, los dos hombres cruzaron algunas frases humorísticas y luego volvieron a reaparecer ante los periodistas y las cámaras de televisión. Eran entonces los auténticos *hombres del espacio*.

Tanto Sloan como Kidder tuvieron que ponerse sus grandes escafandras de titanio y cristal para posar un instante ante los fotógrafos. Luego, el altavoz sonó y dijo:

-¡Atención, faltan diez minutos para el lanzamiento! Los visitantes deben retirarse rápidamente más allá de los límites de la zona de peligro. Repetimos. Los visitantes...

Ahora, un ligero estremecimiento nervioso sacudió a los dos astronautas. Ellos se miraron. El general Darrhan apareció tripulando un jeep y les tendió la mano.

-Buena suerte, muchachos.

El automóvil se alejó detrás de la caravana de vehículos que marchaban rápidamente a situarse más allá de la zona de peligro. El coronel Hooker, a

cuyo cargo corrían los preliminares del despegue, hizo una seña a los pilotos.

Kidder, Sloan, Hooker y cuatro ayudantes ocuparon la plataforma del montacargas. Al detenerse éste a la altura de la cabina del cohete amarillo, John Sloan tendió su enguantada diestra a Kidder.

-Bueno, Haniel -dijo sonriendo-. Te daré un buen empujón para que puedas llegar hasta la Luna.

Sloan quedó allí con sus dos ayudantes y Kidder trepó ágilmente por la escalerilla de hierro seguido de Hooker y los otros dos ordenanzas.

Al final de la escalerilla había una plataforma de madera sobre la que Kidder se detuvo un instante mientras sus ayudantes le fijaban la escafandra. Los tres hombres se movían ahora rápida y coordenadamente, se sabían perfectamente sus respectivos papeles.

Los ordenanzas ayudaron a Kidder a alcanzar el asiento de la pequeña cabina atestada de instrumentos. Desde la plataforma, el coronel Hooker observaba todos los preparativos y consultaba su reloj. Los ordenanzas sujetaron el piloto al asiento, enchufaron los tubos de goma al depósito de oxígeno y conectaron los hilos de la radio y el teléfono.

-¿Listo, Haniel? -interrogó la voz de Sloan por los auriculares.

-Listo, John.

De la cámara de control llamaron también para comprobar la perfecta conexión de la radio. Los ayudantes habían terminado y lo anunciaron así golpeándole suavemente con los nudillos en la escafandra. Dentro de ésta, Kidder no podía escuchar sino muy amortiguados los ruidos que se producían en el exterior.

Hooker le estrechó silenciosamente la mano. Hizo una seña. La escotilla fue cerrada y Kidder quedó completamente solo en la hermética cabina que algunos le habían pronosticado sería su tumba definitiva.

Hooker y los ayudantes se marcharon. La escalerilla fue retirada y desde la cámara de control anunciaron por radio:

-Faltan cuatro minutos. Kidder, vamos a comprobar los aparatos, responda según se le pregunte...

Kidder fue contestando rápida y automáticamente a todas las preguntas que se le hacían. No sentía impaciencia alguna ni ansiedad. Cada uno de sus movimientos y pensamientos estaban señalados por el dedo inexorable de la ciencia que ordenaba su destino.

Y, después de todo, era mejor que no le quedara lugar para pensar en sí mismo y en su incierto futuro.

-Falta un minuto. Vamos a contar al revés. Suerte, capitán Kidder... y hasta la próxima conexión por radio. ¡Atención!

Haniel Kidder relajó sus músculos. No tenía nada que hacer, como tampoco tenían nada que hacer Sloan ni el equipo de mecánicos y

científicos de la cámara de derrota.

Desde cinco minutos antes, un complicado cerebro electrónico se ocupaba de todos los preliminares de la operación de despegue.

La voz pausada del operador de radio iba contando inexorablemente los últimos segundos:

-Quince... catorce... trece... doce...

Los focos se apagaron de golpe y Kidder quedó a lo pronto sumido en la oscuridad. Luego, un pálido resplandor iluminó el salpicadero de la cabina entrando por el transparente de cristal que tenía detrás.

Era la luz de la Luna.

-Siete... seis... cinco... -seguía contando el operador de radio-. Kidder cerró la cúpula. Tres... dos... uno. ¡Fuego!

CAPÍTULO II

En el iluminado salpicadero, el reloj contador de minutos-carga hacía avanzar rápidamente sus saetas. La primera sección del cohete se había desprendido automáticamente después de haber consumido su carga, y la segunda sección tripulada por Sloan y el cono de éste, que estaba formado por el pequeño vehículo de Kidder, seguían subiendo impulsados por la carga del planeador en el que John regresaría a la Tierra.

La voz de Sloan sonó claramente en los auriculares de Kidder:

-Atención, Haniel. Me queda un minuto de carga. ¿Lo ves en tu reloj?

-Sí.

-Cuando la saeta llegue a cero voy a encender el cohete expulsor y darte el último empujoncito. He hecho cuanto podía por ti, muchacho. Espero que con esto puedas llegar a la Luna.

-Podré, John. Todo marcha bien. Muchas gracias.

-De nada, compañero. Ha sido una satisfacción para mí llevarte sobre mis hombros hasta esta altura. Buen viaje, Haniel... y buena suerte.

-Adiós, John. Lo mismo digo.

La saeta del segundero avanzaba rápidamente. Al llegar a cero, Haniel Kidder experimentó una ligera sacudida.

Su pequeño vehículo espacial había sido expulsado del cohete nodriza el cual entraría seguidamente en pérdida de velocidad y trataría de planear para volver a la Tierra. La operación iba a resultar difícil para Sloan, aunque no lo sería menos para Haniel cuando éste tratara de regresar a la Tierra.

Con el pensamiento en el compañero que inmediatamente comenzaba tan arriesgada aventura, Kidder inhaló una bocanada de oxígeno puro y paseó su vista por el complejo sistema de relojes y controles que prácticamente atestaban la pequeña cabina.

Estaba completamente solo en el espacio. Viajero de un diminuto aparato, él era el primer hombre que intentaba cruzar el vacío sideral para alcanzar la Luna.

¿El primero?

Kidder recordó que otro piloto ruso le llevaba la delantera. Y este pensamiento, en el un tanto confuso mar de vapores que llenaban su cabeza, le produjo irritación y disgusto. Por otra parte, sin embargo, la idea de que otro hombre le había precedido por este mismo camino hacia la Luna, tenía la curiosa propiedad de tranquilizarle.

El camino que estaba recorriendo, en efecto, no era absolutamente nuevo para el terrícola, aunque su antigüedad datara solamente de unas pocas horas. Kidder, probablemente, no hubiera sentido miedo aunque fuera él el primero en cruzar el espacio.

Pero era aún más tranquilizador saber que otro había pasado por allí. Y lo que un hombre había hecho, otro hombre podía hacerlo también.

Mientras Kidder se hacía estas reflexiones, volvieron a llamar por radio desde la estación experimental de Mojave. La soledad, aquel temible enemigo del piloto interplanetario, no iba a tener ocasión de martirizar a Kidder. La comunicación por radio entre la Tierra y el vehículo espacial era constante. La gangueante voz del profesor Kroeber inquirió por los auriculares:

-¿Cómo se siente usted, Kidder? Debe estar empezando a sentir los efectos de la falta de peso.

-Así es, en efecto -repuso Haniel.

-¿Oye usted bien?

-Perfectamente, sí. Pero mis ideas son un poco confusas. Me siento... ¿cómo diría yo? Un poco extraño a mí mismo, eso es todo.

La risa del científico llegó distintamente hasta los oídos de Haniel a través de la distancia cada vez mayor que lo separaba de la Tierra.

-Esperemos que llegue a acostumbrarse a la falta de gravedad, Kidder. Ya sabe; la pérdida de peso hemos podido probarla algunas veces en la Tierra, pero nunca por períodos bastante largos para poder habituar a nuestros pilotos. Ponga atención, Kidder. Voy a pedirle algunos datos sobre temperatura exterior, radiación cósmica y demás información que hasta ahora solo habíamos podido obtener por medio de controles automáticos. Si en algún momento se siente cansado, dígalo y suspenderemos la emisión por algunos minutos.

Kidder, que no se sentía cansado en aquellos momentos, pasó una larga hora leyendo relojes e indicadores para los científicos situados en tierra.

-Las partículas cósmicas no son perjudiciales ahora, Kidder -le anunciaron-. Puede hacer girar la cúpula y echar una ojeada afuera por el cristal.

En los planes de Kidder para éste su primer viaje a la Luna, el momento en que echaría una mirada a las inconmensurables profundidades del espacio, se contaba entre uno de los más emocionantes del programa.

Hasta aquí, Haniel había hecho la primera y más azarosa parte del viaje completamente aislado del exterior por la envoltura de titanio de su cabina. Su asiento, en posición correcta respecto a la superficie de la tierra que quedaba muy por debajo de él, le mantenía por decirlo así de frente al fondo de la cabina.

Pero a efectos de mayor visibilidad y comodidad para el momento en que planearía el regreso a la atmósfera de la Tierra, este asiento giraba sobre un eje al igual que ocurría en los aviones de despegue vertical.

Haniel, por lo tanto, hizo girar ahora un manubrio que, volteándole lentamente hacia atrás, fue a colocarle en la posición clásica de los pilotos

de un avión cualquiera; esto es, de frente a la proa del aparato con la cabeza en el interior de la cúpula.

Haniel dio vueltas a otro manubrio. Y la cúpula de titanio exterior deslizándose suave y lentamente, fue descubriendo ante sus ojos como una cortina la maravilla del espacio sideral con su característica lobreguez tachonada de miríadas de enormes y brillantes estrellas.

Mudo, con la respiración entrecortada, Haniel Kidder, el primer hombre del espacio, se quedó mirando aquel panorama de grandiosa y aterradora belleza. La voz del profesor Kroeber volvió a ganguear en los auriculares.

-¿Ha descorrido usted la cúpula, Kidder? ¿Qué es lo que ve?

-¡Dios mío! -exclamó Haniel roncamente-. Esto es... maravilloso. No es posible que pueda describirlo, aunque voy a intentarlo. Las estrellas son aquí mucho más grandes y brillantes de como las vemos desde la Tierra. El cielo es completamente negro, por supuesto; de una negrura y profundidad como jamás se ha visto tampoco en la Tierra. No hay a bordo sensación de movimiento alguno. El cohete parece clavado en mitad del espacio y ante mí... ¡Oh, ante mí está la ancha y familiar cara de la Luna, también más grande y luminosa de como la había visto hasta ahora!

-La verá usted cada vez más grande a partir de ahora, Kidder -rió la voz del profesor Kroeber a través de los auriculares-. Se aproxima usted a ella a una velocidad de más de veintiocho mil kilómetros por hora. Pero esa velocidad irá disminuyendo paulatinamente a medida que se aproxime a la zona neutra de atracción entre la Tierra y la Luna.

Kidder no contestó. Aunque profesionalmente era un científico, su alma poseía en el fondo ciertas dotes de soñador. Y en este momento, velocidades y zonas de atracción le parecían términos demasiado prosaicos para empañar siquiera la magnificencia del supremo espectáculo que era dado contemplar a sus ojos.

Porque grande era, en efecto, la proeza del hombre al sustraerse a las fuerzas físicas de la naturaleza que le habían mantenido por milenios anclado en el fondo de la atmósfera gaseosa de su planeta. ¿Mas qué era esta hazaña, comparada a la grandiosidad de la Creación que regía las leyes físicas que ordenaban el movimiento de todos aquellos distantes mundos?

Kidder hubiera tenido que ser algo más que un científico para describir su extraña sensación de pequeñez frente a la aterradora grandeza de Aquel que todo lo había creado. Y así, prefirió callar para dejar hablar a su alma. Era posible, se dijo, que no pudiera regresar jamás a la Tierra. Mas si era así, en contra de lo que él esperaba, merecía la pena haber corrido el riesgo y entregar su alma a Dios, sólo por haberle sido permitido vivir algunas horas en la absorta contemplación de esta maravilla.

* * *

Kroeber había tenido razón y aquella sensación de ausencia, de fuga de sí mismo como Kidder había descrito por la radio, se había mitigado mucho si no llegó a desaparecer del todo después de 24 horas de viaje.

Su organismo empezaba a acostumbrarse a la ausencia total de la fuerza de gravedad.

En su hermética cabina climatizada, donde el oxígeno permanecía a una presión constante, Haniel había podido desembarazarse de su molesta escafandra y tomar algunos alimentos, beber, rascarse y atender a todas aquellas necesidades de que estuvo privado durante las primeras horas de vuelo.

La prudencia, no obstante, aconsejaba que Haniel mantuviera puesta aquella escafandra la mayor parte del tiempo. Y éste volvió a ponérsela después de permitirse la pequeña satisfacción de fumar un cigarrillo.

Constantemente, con regularidad de una hora, le llegaban despachos por radio dándole cuenta de la distancia recorrida, de la situación del cohete respecto a la Luna y de la Tierra, velocidad, rumbo y demás datos de importancia.

A las diez horas escasas de haberse despedido de John Sloan, Haniel supo con alivio que éste había logrado tomar tierra sin más contratiempos que un golpe y algunos arañazos sin importancia. También, según los muchachos de la estación de Mojave, se había logrado localizar el cohete ruso que precedía a Kidder en su carrera hacia la Luna. El cohete ruso había sido bautizado con el nombre de *Pioneer*, así como el norteamericano lo había sido con el de *Explorer*.

-El piloto ruso comunica con su base cada hora -le informaron-. Usted mismo podrá escucharle sintonizando su onda dentro de treinta minutos.

A título de curiosidad, ya que no por otra cosa, Kidder sintonizó la onda del aparato ruso en la longitud y frecuencia que le daban. Y, exactamente a los treinta minutos, pudo escuchar claramente una voz que hablaba rápidamente en un idioma completamente desconocido para él.

Allá en la Tierra, mientras estuvo preocupado con los preparativos de despegue, la salida anticipada del cohete ruso sólo le había proporcionado un ligero disgusto.

Pero aquí arriba, superadas las dificultades del despegue, el amor propio empezó a escocerle. Se preguntó si sus jefes, allá en la Tierra, no estarían esperando de él un rasgo de intrepidez que le hiciera ganar aquella carrera hacia la Luna. El pueblo americano, con toda seguridad, sí lo esperaba.

Treinta minutos más tarde, cuando le correspondió comunicar a su vez con la base, pidió que se pusiera al habla el general Darrhan y le dijo:

-Escuche esto, general. Pensándolo bien, y luego de los esfuerzos que todos hemos hecho para que esta aventura resultara un éxito, tiene maldita

la gracia que un ruso pose su planta sobre la Luna ni un minuto antes que un norteamericano. Usted sabe que nosotros podemos ganar todavía esta carrera. Déme permiso para emplear parte del carburante de reserva en imprimir mayor velocidad a mi cohete, y es seguro que le gano la mano al ruso. ¿Me ha oído? ¿Qué me responde?

-Le he oído perfectamente, Haniel. Y mi respuesta es ésta. Absténgase de hacer nada que contravenga las órdenes que ha recibido. Usted sabe que si empleara ese combustible para llegar antes a la Luna, luego no podría despegar de allí y regresar a la Tierra.

-Por supuesto -repuso Kidder irritadamente-. Pero sería el primero en llegar.

-No importa tanto quién llegue primero como quién pueda ir y volver, Kidder. La nación americana ha gastado millones de dólares para poder dar un margen aceptable de probabilidades de regreso al hombre que enviáramos a la Luna. Ni su vida, ni los trabajos y el dinero que han costado ese cohete, pueden malograrse por una estúpida razón de competencia.

-La Luna será de los rusos si ellos llegan primero.

-No diga tonterías. La Luna no será del primero en pisarla, sino del primero en situar fuerzas armadas en su superficie. Y habrán de transcurrir muchos años antes que rusos o americanos podamos transportar un ejército a la Luna. ¿Me ha entendido?

-Sí.

-Pues aténgase a las instrucciones de vuelo y no vuelva a proponer disparates.

Haniel Kidder cerró la radio refunfuñando.

* * *

Al sintonizar la radio 24 horas más tarde, el *Explorer* estaba cayendo de proa hacia la Luna y Kidder se preparaba para realizar la más difícil maniobra de cuantas le correspondían hacer hasta lograr aterrizar de nuevo en la Tierra.

A ciegas, ya que la visibilidad era prácticamente nula en la posición de su asiento, guiándose del radar y el giroscopio que le daba la vertical sobre el suelo que estaba debajo, Haniel Kidder descendía de popa hacia la Luna.

Había cerrado la radio, a fin de que toda la carga de las baterías se acumulara sobre el aparato de radar. La cabina permanecía silenciosa, no escuchándose más que el ronco inhalar del oxígeno y el suave, armonioso tintineo de los ecos del radar devueltos al aparato después de chocar con la superficie lunar.

“Tin... inn... inn... inn”

Sudando a mares dentro de su engorroso traje, con una mano sobre el

regulador de salida de los gases, la otra sobre la palanca de gobierno y los ojos clavados en la aguja del altímetro-radar, Kidder veía por así decirlo aproximarse el suelo por instantes. Nunca había realizado antes una maniobra igual, ya que en la Tierra no podían crearse condiciones de vacío y fuerza de atracción similares a las reinantes sobre la superficie del suelo lunar.

Pero la maniobra, con toda su complejidad, estaba resultando un éxito según Kidder estaba viendo.

"Ti... inn... inn", repicaba el radar a golpes por momentos más cortos y rápidos. Y luego-: "Ti... in... in..." "Ti... in..." "Tinn... tinn... tinn... tinn."

-¡Muy bien, muchacho! -exclamó Kidder en voz alta.

Y empujó con el pie la palanca que desplegaba la especie de trípode retráctil sobre cuyas tres patas debería posarse el cohete, un blando y brusco choque conmovió al aparato. El piloto cortó en seco la salida de gases por las toberas de popa, soltó la palanca de gobierno y se echó atrás en su sillón inhalando una profunda bocanada de oxígeno. Sintió irreprimibles deseos de echarse a reír, y al mismo tiempo tenía los ojos llenos de lágrimas.

-¡Demonio! -exclamó en voz alta-. ¿A que resulta que soy un sentimental?

Y a fin de sobreponerse a su propia y profunda emoción, cerró el circuito del radar y conectó la radio.

La comunicación por radio, que había sido excelente en la primera parte del viaje sideral, adolecía a esta distancia tan grande de cierta debilidad en la audición. Causa; las pilas se iban descargando al mismo tiempo que se hacía mayor la distancia entre el aparato y la tierra.

Kidder todavía podía escuchar bastante bien las voces de los operadores situados en tierra, pero allá se le oía muy débilmente según los últimos informes recibidos.

-¡Hola, Tierra... hola Tierra...! -empezó llamando Haniel-. Aquí cohete experimental *Explorer*. Kidder al habla. ¿Me escuchan? Cambio.

Débil, pero claramente, la voz ansiosa del profesor Kroeber llegó hasta los auriculares de Haniel:

-¡Hola, Kidder! Aquí Mojave. Kroeber a la escucha. Cambio.

-Aquí Kidder. Operación Luna felizmente coronada. Acabo de posarme sin contratiempos sobre la Luna. ¡Lo conseguimos, profesor! Cambio.

-¡Hola, Kidder! ¡Hola, Kidder! -llamó la voz ronca del profesor-: ¡Alabado sea Dios! Éste es un gran momento para todos nosotros, para la gran nación americana que nos respalda y el mundo entero que tiene sus ojos puestos en el *Explorer*. El largo sueño acariciado por la criatura humana es hoy una gran realidad gracias a usted, Kidder. El hombre de la Tierra ha logrado por fin poner su planta sobre la faz de nuestro satélite.

Que Dios le bendiga y le permita regresar salvo a este mundo para que pueda contarnos sus experiencias, muchacho. Estoy... estoy muy... emocionado...

La ronca voz del profesor se interrumpió y Haniel aspiró una lágrima haciendo muecas en el interior de su escafandra.

La voz del general Darrhan sustituyó a la de Kroeber en la radio.

-¡Hola, Kidder! Aquí Darrhan. Le felicito, muchacho. ¡Oh, sabía que usted lograría hacerlo! Voy a comunicar el feliz suceso al presidente para que él mismo haga extensiva la noticia a toda la nación. Pero escuche antes lo que tengo que decirle. Se le oye muy defectuosamente desde aquí. En lo sucesivo, y a fin de no agotar demasiado pronto sus baterías, limitaremos las comunicaciones a dos por día: una de las siete de la mañana, y otra a las siete de la tarde. Y entonces utilizaremos la telegrafía, ¿entendido?

Kidder contestó afirmativamente, tomando nota de las instrucciones del general, el cual añadió:

-Bueno, muchacho. Descanse ahora un rato, coma, beba y fúmese un cigarrillo. Luego salga a hollar con sus plantas esa ingrata Luna y utilice la cámara fotográfica y los instrumentos de medida que lleva consigo. Conteste afirmativamente si ha entendido todo. Y con esto interrumpimos el contacto hasta dentro de ocho horas. Hasta entonces, Kidder... ¡y feliz paseo lunar!

Haniel contestó confirmando la perfecta audición del mensaje y cerró la radio. Luego permaneció unos minutos quieto.

Después de la dura prueba por la que había pasado, amarrado al asiento y experimentando los efectos de la falta absoluta de gravedad, le resultaba sumamente agradable sentir que volvía a tener peso, aunque éste fuera sensiblemente más débil del que solía tener allá en la Tierra.

Su más vehemente deseo, en este momento, era salir de su angosta cabina y estirar las piernas dando un paseo por los contornos.

Se contuvo, no obstante, ya que sabía que una vez abandonara la cabina habrían de transcurrir varias horas antes que pudiera volver a ella para comer, beber y satisfacer el resto de sus necesidades.

Por consiguiente, se aseguró de que la presión era correcta en el interior de la cabina, se desembarazó de la molesta escafandra y se puso a comer.

Mientras tanto, hacía planes para su próxima excursión lunar.

Su primera tentativa, si quería prolongar su estancia en la Luna por algunos días, debía de estar encaminada a localizar algunos de la serie de cohetes que en anteriores pruebas habían sido disparados contra la Luna.

Los restos de estos cohetes debían encontrarse todos en un radio de cien millas alrededor del punto donde él había tomado tierra.

Por supuesto, cien millas era una distancia demasiado larga para que él pudiera recorrerla sobre el accidentado terreno lunar. Pero si al menos uno

de ellos se encontraba más cerca y en condiciones de ser utilizado, Haniel podría contar con un refugio más cómodo que el de la cabina del *Explorer*, y también con algunas raciones adicionales de oxígeno que contribuirían a hacer más larga su estancia en el satélite.

Después de haber comido y bebido en abundancia, Haniel preparó su equipo y se dispuso a abandonar el cohete. Volvió a ponerse la escafandra, enchufó la tráquea de caucho a una botella de oxígeno que colocó sobre su espalda y abrió la espita de la cámara.

El aire contenido a presión en el interior de la cabina escapó lentamente al vacío. Luego, Kidder hizo girar el manubrio de la escotilla y empujó ésta hacia afuera.

La escotilla, al abrirse, sacó de sus alvéolos una serie de barras de acero dispuestas a lo largo del costado del cohete a modo de escalones. Kidder, antes de bajar, echó una larga mirada en torno.

He aquí la Luna.

Paisaje *lunar* se había dado en llamar en la Tierra a toda extensión árida y desolada. Y así era la Luna, sólo que su aridez y soledad no podían compararse al más desértico paraje de la Tierra.

Allá incluso en el más áspero desierto podía encontrarse una brizna de hierba, un insecto o un soplo de viento acariciando el rostro al viajero.

Pero nada de esto existía en la Luna. Solo arena y rocas, rocas y polvo, soledad y silencio... Un silencio profundo, compacto como la negrura de las sombras que proyectaban las montañas... un silencio aplastante, terrible y enloquecedor...

Montañas enormes, rematadas por inverosímiles picachos que parecían desafiar todas las leyes de la gravitación y el equilibrio, recortaban sus agudos perfiles sobre la negrura insondable del espacio. La Tierra, en forma de hoz, flotaba sobre el crespón del cielo tachonado de monstruosos luceros. Y el sol era un disco llameante arrojando torrentes de fuego sobre la torturada faz del satélite.

He aquí la Luna. Tal era ella y nada de cuanto veía Kidder podía sorprenderle, por lo mismo que estaba preparado a recibir sus sorpresas.

Haniel metió la mano en la cabina, sacó un par de largos palos enrollados en un trapo y descendió por la escalerilla hasta que sus pies hollaron la arena del suelo.

No lejos de donde el *Explorer* se había posado se divisaba una pequeña altura. Haniel se encaminó hacia allí, sólo que al dar sus primeros pasos sin tener en cuenta la pequeña fuerza de gravedad del satélite, se vio proyectado hacia arriba y a punto de darse de narices contra el suelo.

"Aquí soy un superhombre", se dijo para sí. "Podría dar saltos de diez metros de longitud y brincar con toda facilidad por encima de aquellas rocas."

El terrícola cruzó rápidamente la distancia que lo separaba del montículo, escaló con facilidad las rocas y se detuvo desplegando la tela que traía consigo.

Era la bandera estrellada de los Estados Unidos de Norteamérica.

Haniel Kidder hincó el asta de la bandera en una grieta de las rocas y luego ensartó el otro palo de forma que los dos bastones formaban un ángulo recto, colgando del horizontal la tela desplegada.

Retrocedió un par de pasos para contemplar su obra. Y luego, sintiéndose embargado de profunda emoción, saludó a la enseña de su patria llevándose los dedos a la altura de la sien... tocándose la escafandra... levantando los ojos hacia el plateado arco del planeta que brillaba semejante a una hinchada hoz en el negro vacío sideral... poniéndole por testigo de su hazaña...

De pronto, sus ojos tropezaron con algo familiar que se encontraba en lo alto de una distante roca, proyectando su alargada sombra sobre la blanca arena del desierto.

Era un hombre.

Quieto, erguido y en actitud hierática, el hombre permanecía de pie sobre la alta roca. Y en la roca, hincada sobre una alta y refulgente varilla de acero, se veía una forma rectangular, geométrica, que Haniel Kidder identificó como una bandera.

Una bandera, por cierto, doble grande que la suya.

CAPÍTULO III

Las distancias eran engañosas en la Luna, debido sin duda a la purísima nitidez de las imágenes que llegaban hasta el ojo sin el velo de una rarificada atmósfera que allí no existía. Y Kidder, aun con sus grandes zancadas, tardó en llegar al pie de la elevación mucho más que lo que había calculado.

Las fuerzas que habían movido al yanqui a ponerse en camino hacia el desconocido no eran muy precisas en la mente de Kidder, y él no se tomó el trabajo de investigarlas.

El hombre que estaba sobre las rocas debía ser el piloto del cohete ruso, por supuesto. Y ya, sabiendo esto, eran obvias las razones que impulsaban a Kidder a ir hacia él. Había prometido aplastarle las narices al deshonesto competidor si lo encontraba en la Luna. Y aunque no muy definidas, éstas eran en el fondo las intenciones que animaban al yanqui en aquel momento.

El ruso, aunque lo vio venir, no se movió. Vestía al igual que Haniel un traje grueso almohadillado y se cubría la cabeza con una escafandra de acero y cristal.

Kidder dio un rodeo para evitar la compacta sombra del montículo y escaló los riscos hasta el astronauta. Y entonces vio la bandera. Era, como había supuesto, un gran lienzo rojo con las consabidas figuras entrelazadas del martillo y la hoz.

Y también, cosa más sorprendente que la presencia del ruso y su bandera, era que el hombre tenía entre sus manos una pistola ametralladora con la cual le apuntó.

-¡Oiga, mequetrefe! -rugió Kidder indignado-. ¡Aparte esa ametralladora de mí!

Naturalmente, su voz no salió de los ámbitos de su propia escafandra. Y hubiera sido igual de haberla podido proyectar fuera, ya que el sonido no se propagaba en aquel mundo privado de atmósfera. Kidder lo recordó enseguida e hizo señas al ruso para que dejara de apuntarle con el arma. Éste, evidentemente, debió tranquilizarse al ver que el yanqui venía completamente desarmado. Y entonces bajó el cañón de la pistola.

Kidder se acercó más, tratando de escudriñar las facciones de su rival a través del azulado cristal de la escafandra de éste y del también azulado de la escafandra propia. Pero todo lo que alcanzó a ver fueron unos rasgos aniñados, los cuales se compaginaban bien con el aspecto endeble del astronauta, el cual no llegaba apenas, con escafandra y todo, a la altura del hombro de él.

El yanqui se volvió echando una ojeada en rededor. No demasiado lejos, en el fondo de una suave hondonada, vio un objeto bastante grande que identificó como un cohete de forma alargada y superficies muy

brillantes.

Kidder señaló al aparato. El ruso asintió moviendo de arriba abajo su grotesca escafandra.

-Parece que no tuvo usted un aterrizaje muy feliz -dijo Kidder observando al cohete que estaba acostado sobre la arena.

Pero de nuevo la convicción de que el ruso no podía oírle le hizo sacudir la cabeza enojadamente. Los dos terrícolas se contemplaron a través del cristal azulado de sus escafandras. Kidder dudó unos instantes. Luego echó mano del bloc de notas que llevaba en el bolsillo de la pechera del traje, sacó también un lapicero y escribió:

"Mi apellido es Kidder. Soy el piloto del cohete americano. Venía dispuesto a chafarle las narices..." Haniel se detuvo para mirar al ruso. Luego siguió escribiendo: "... pero evidentemente, ello no va a ser posible mientras lleve puesta esa escafandra. ¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?"

Haniel arrancó la hoja del bloc y la tendió al ruso con la esperanza de que éste leyera el inglés, ya que él era incapaz de comprender una sola palabra de ruso.

El astronauta tomó el papel y leyó. Permaneció un minuto inmóvil. Luego alargó la enguantada mano en petición del lapicero y el bloc.

Haniel se los dio. El otro se puso la ametralladora bajo el brazo y garrapateó algo en la hoja del bloc. Después lo tendió a Kidder, el cual leyó en un inglés bastante deplorable en cuanto a ortografía:

"Le vi cuando estaba aterrizando. Hace varias horas que llegué. ¿Qué diablos quiere?"

Haniel recobró su lapicero de un brusco tirón y escribió:

"No quiero nada de usted, por supuesto. Pero es posible que usted necesite de mí. Veo su aparato caído sobre un costado. ¿Quiere que le ayude a enderezarlo?"

El astronauta soviético leyó el escrito de Haniel y negó con la cabeza.

Haniel volvió a tomar el bloc y agregó:

"¿Qué va a hacer usted?"

El otro leyó, hizo señas para que le prestara el bloc y el lapicero y escribió:

"¿A usted qué le importa?"

Kidder arrancó violentamente la hoja del bloc, la arrojó contra el cristal de la escafandra del otro y giró sobre sus talones para empezar a bajar hacia la llanura.

Mientras bajaba, iba refunfuñando en voz alta para su escafandra:

-¿Habrase visto tipo más insolente? Decididamente, los rusos sovietizados son iguales en todas partes. Incluso en la Luna. ¡Bueno, está fresco si se figura que voy a andar tras él en busca de un poco de conversación... aunque sea una conversación por escrito!

Sin volverse una sola vez para mirar atrás, Kidder regresó al montículo sobre el cual había hincado la bandera de los Estados Unidos. Del cuello llevaba colgando de una correa su cámara fotográfica. Y él se dispuso a inmortalizar el momento en que puso su planta sobre aquel cerro preparando la cámara sobre el trípode y montando el disparador automático.

Se retrató de pie junto a la bandera. Después hizo otras varias fotografías apuntando a distintos parajes y regresó junto al *Explorer*.

Sacó el instrumental del aparato y por espacio de casi dos horas trabajó en la medición de la temperatura al sol y a la sombra, en la radiación solar, la intensidad de las partículas cósmicas y un examen superficial de la constitución geológica de las rocas.

Al cabo de aquellas dos horas, Kidder se dio cuenta de que había vaciado completamente su botella de oxígeno. Hizo rápidamente el cambio de la botella exhausta por otra llena de oxígeno a presión.

Y entonces recordó cuan conveniente sería empezar la búsqueda de los restos de alguno de los cohetes experimentales lanzados en meses anteriores a la Luna, ya que con ellos encontraría abundante provisión de oxígeno y posiblemente también alguna batería.

Volviendo a trepar a la cabina, Haniel sacó de ella todo lo necesario para emprender su excursión; un trineo plegadizo, varias botellas de oxígeno, una pequeña emisora de radio portable, cuerdas, una cámara cinematográfica, un aparato de grabación magnetofónica, otra cámara fotográfica, un control eléctrico a distancia, un par de linternas, víveres, agua y un saco con herramientas.

Con todo aquello y suponiendo que encontrara los restos aprovechables de alguno de los cohetes que iba a buscar, Haniel podía hacer durar su expedición varios días en un radio de casi cien millas alrededor del *Explorer*.

En efecto, con el pequeño aparato de control remoto cuyo uso se había divulgado mucho para dirigir ciertos juguetes eléctricos, Haniel podía en cualquier momento poner en funcionamiento la radio del *Explorer*. Y con su emisora de radio portable, transmitiendo al *Explorer*, retransmitir a la Tierra evitándose así el engorro de tener que volver cada vez al cohete, lo cual hubiera también limitado considerablemente su radio de acción en torno al cohete-base.

Kidder puso todo aquello sobre el trineo, asegurándolo bien con cuerdas. La carga, debido a la sensible disminución de peso a que estaban sujetos todos los objetos sobre la superficie lunar, era liviana y podía arrastrarse con facilidad tirando del trineo por medio de un aparejo de cuero que pasaba por los hombros.

Después de asegurarse de que llevaba todo lo indispensable, Haniel

cerró la escotilla del *Explorer* y se puso en marcha.

El acto de cerrar la puerta, por supuesto, correspondía a una costumbre instintiva adquirida en la Tierra. En la Luna, y a excepción del piloto del cohete ruso, no existía con toda seguridad hombre ni bicho viviente alguno capaz de entrar en el *Explorer* y robarle nada.

Sin embargo, era suficiente la presencia de aquel antipático sujeto para intranquilizar a Haniel.

En primer lugar, el piloto ruso no había dado muestras de mucha cordialidad. En segundo lugar, era bastante plausible que aquel hombre sintiera curiosidad por ver cómo era el aparato americano y se acercara por allí aprovechando la ausencia de Haniel.

Y en tercer lugar, aquel tipo tenía una pistola ametralladora.

-Qué cosa más extraña -se dijo Haniel en voz alta mientras se alejaba del *Explorer*-. ¿Para qué habrá traído una ametralladora a la Luna? No será para cazar antílopes, desde luego. Ni tampoco para defenderse de algún posible habitante de la Luna. Entonces... ¿es que la trajo por mí?

Kidder encontró de pronto que aquel maldito ruso le estaba preocupando mucho más de lo debido. Y decidió darse una vuelta para ver qué estaba haciendo su competidor.

* * *

El piloto ruso se preparaba también para emprender una larga expedición cuando Haniel Kidder asomó a la hondonada.

Así parecía desprenderse al menos de la gran cantidad de cosas que estaba sacando del cohete y amontonando sobre un trineo. Y también debía de haberse ocupado de efectuar ciertas medidas, a juzgar por los numerosos aparatos que había esparcidos por el suelo, alrededor de su tumbado cohete.

Haniel se preguntó cómo esperaba aquel tipo despegar de la Luna sin antes enderezar su máquina. ¿Creería acaso que podía levantarla sin ayuda?

Tirando de su trineo, Kidder bajó hacia la hondonada. El otro, entretenido en transportar bultos del cohete al trineo, no debió advertir la presencia del yanqui hasta que éste estuvo cerca.

Kidder esperó entonces que él correría hacia su ametralladora, que tenía cerca recostada contra un fardo. Pero no ocurrió nada de esto. El ruso levantó la cabeza, le vio llegar y siguió trabajando. Solo cuando Haniel estuvo más cerca se enderezó inmovilizándose cerca de la ametralladora.

Haniel hizo un ademán amistoso al llegar junto al otro. Y entonces, por primera vez, se fijó en el cohete.

El cohete ruso, construido, al parecer, de aluminio, estaba tumbado en el suelo y bastante abollado en la popa, como si al aterrizar se hubiera dado un golpe bastante fuerte contra el suelo. Kidder lo examinó con curiosidad, no tardando en darse cuenta de algo que le produjo enorme sorpresa.

¡El cohete ruso carecía de alas y timones!

Haniel miró perplejo al astronauta ruso. Y ya se disponía a echar mano de su bloc de notas y su lapicero cuando vio sobre el trineo una pequeña emisora de radio portable de pilas, muy semejante a la suya.

Haniel dio un paso adelante. Y fue de ver entonces cómo reaccionaba el otro dando un prodigioso salto y apoderándose de la ametralladora, con la cual le encañonó rápidamente.

-Pues sí que es usted desconfiado, amigo -refunfuñó Kidder.

Y volviendo la espalda a la ametralladora fue a su propio trineo y sacó la emisora.

-Usted tiene también un cacharro de éstos -dijo Kidder al mismo tiempo que hacía expresivas señas-. Coja el suyo y veamos si podemos hablar por radio.

El otro, finalmente, pareció comprender. Dejó la ametralladora arrimada contra el trineo, sacó su emisora y la enchufó a las clavijas que le colgaban de un lado de la escafandra. Haniel hizo otro tanto, conectando su micrófono y sus auriculares interiores en el lugar adecuado de la pequeña emisora.

-No hablo más que inglés y un poco de francés -dijo Kidder-. ¿Me escucha usted? ¿Me comprende?

La voz que le contestó en un inglés bastante malo era aguda y seca.

-Le entiendo perfectamente, mister Kidder. ¿Qué quiere usted?

-¿Cómo se llama? -interrogó Haniel, sintiéndose satisfecho de poder hablar con alguien en aquella espantosa soledad.

-Mi apellido es Schovalov.

-Muy bien, amigo Schovalov. Perdone si me meto en lo que no me importa, pero... ¿quiere decirme, por Dios, cómo espera poder regresar a la Tierra en ese maldito cacharro?

-Ese “maldito cacharro” ha servido a maravilla para traerme aquí, mister Kidder -repuso secamente el ruso.

Kidder respondió:

-No tengo más remedio que creerlo, puesto que está aquí... Lo que me pregunto es si será igualmente capaz de llevarle de regreso a la Tierra. ¿Cómo va a hacerlo en ese trasto sin alas?

El otro guardó silencio.

-¿Secreto? -interrogó Haniel-. ¿Es que los rusos han descubierto alguna otra forma de hacer regresar un cohete a la Tierra sin que éste se incendie al frotar con la atmósfera?

-No hay secreto alguno -repuso el astronauta secamente-. Hasta un tonto comprendería que mi cohete no está hecho para poder regresar a la Tierra.

-Eso mismo me había parecido a mí, solo que... ¡Escuche! -exclamó

Kidder pegando un brinco-. ¿Qué significa eso? ¿Es que... no piensa regresar a la Tierra?

-Por supuesto que no -repuso el otro desdeñosamente. Y le volvió la espalda desenchufando su emisora y dejándola de nuevo sobre el trineo.

Haniel Kidder se quedó mirándole a través del azulado cristal de su escafandra con la misma expresión que observaría a un loco. Y en su cabeza las ideas bullían atropellándose unas a otras. ¿De manera que aquel desdichado había sido expedido a la Luna a conciencia de que no podría regresar? ¡Era un piloto suicida!

El otro, después de dejar la emisora sobre el equipaje, se volvía alargando la mano hacia la ametralladora...

Rápido como un rayo, Haniel se arrojó sobre él. Su mal medido impulso, en un mundo donde las fuerzas de gravedad eran bastante más débiles que en la Tierra, le proyectó como un bólido contra el piloto soviético. Y ambos rodaron dando vueltas por el suelo en confuso amontonamiento con los instrumentos y aparatos que el ruso había estado sacando de su malparado cohete.

El piloto soviético fue el primero en levantarse. Y echó a correr hacia donde estaba la ametralladora.

Kidder, que había practicado mucho el fútbol en la Universidad, saltó hacia las piernas de su enemigo, se abrazó a él y le derribó cuan largo era en el polvo.

Esta vez, Haniel fue el primero en levantarse, y cuando el otro trataba de incorporarse, levantó el pie y le propinó un patadón contra el cristal de la escafandra que tiró al ruso de espaldas. Haniel saltó sobre él, montándole a horcajadas y disparando sus puños contra el corazón del otro.

El traje almohadillado del ruso debió amortiguar considerablemente la contundencia de aquellos golpes. A Haniel casi le sorprendió ver cómo su enemigo echaba violentamente la cabeza atrás y quedaba momentáneamente sin sentido. Haniel, entonces, se puso en pie y corrió hacia la ametralladora.

Cuando el astronauta soviético empezaba a dar señales de vida, fue para encontrarse con el cañón de su propia arma apuntándole al rostro desde detrás del cristal azul de su escafandra.

-Las tornas han cambiado ahora, amiguito -farfulló Haniel, siempre olvidándose de que el otro no podía oírle-. Yo tengo la ametralladora ahora. ¡Vamos, póngase en pie!

El ruso no se movió. Haniel retrocedió un par de pasos, cogió la emisora de radio del otro y se la tiró por el aire.

El soviético la atrapó al vuelo.

-Enchufe las clavijas, compañero -le dijo Kidder acompañando sus palabras de expresivas señas-. Tenemos que hablar unas palabritas.

Schovalov se quedó dudando un instante. Luego, viendo a Kidder ajustar las clavijas de su aparato de radio, le imitó sin levantarse.

-¿Me escucha usted, Schovalov? -interrogó Haniel Kidder.

-Le oigo -repuso irritadamente el ruso-. Y ciertamente, me gustaría saber a qué obedece tan extraña forma de conducirse. Me ha agredido... me ha golpeado y me ha quitado mi ametralladora. ¿Puedo saber por qué?

-Solamente por una cosa, amigo mío. Usted tiene un cohete inservible para regresar a la Tierra, pero tiene una ametralladora. Y yo tengo un buen cohete para regresar a casa, pero descuidé traer un arma conmigo.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Pues que no quisiera pasar por la desagradable sorpresa de verme tendido en este paisaje lunar con una bala en la espalda mientras usted se subía en mi *Explorer* y levantaba el vuelo camino de la Tierra. ¿Ha comprendido ahora?

Schovalov tardó unos momentos en contestar.

-¡Vamos, ya comprendo! -exclamó-. Teme que no pueda soportar la idea de morir lentamente por asfixia y frío y trate de robarle su cohete, ¿es eso?

-Justamente eso.

Una risa suave, con ligero retintín de amargura, llegó distintamente a oídos de Kidder a través de los auriculares.

-Sus temores son infundados, mister Kidder -aseguró el ruso-. Tenga en cuenta que al emprender este viaje sabía de antemano que no podría regresar a la Tierra. Me presté voluntariamente para esta empresa, y he logrado acostumbrarme a la idea de dejar mis huesos sobre este mundo, créame.

-¿Quiere que le crea y le devuelva su ametralladora?

-Puede quedarse con ella, si desconfía de mí.

-¡Oh, seguro que desconfío! -exclamó Haniel-. Pese a todo cuanto diga, la perspectiva de venir a la Luna y dejar sus huesos aquí, ofreciéndose en heroico holocausto por el progreso de la Ciencia y demás estimulantes parecidos, puede parecer muy agradable allá en la Tierra. Pero todo cambia cuando uno ya se ha cubierto de gloria y empieza a preguntarse por qué habrá sido tan tonto de no asegurarse por lo menos alguna probabilidad de regreso para disfrutar de esa gloria allá en su mundo. Schovalov, amigo mío; la vida es muy agradable en cualquier latitud, y el espíritu, incluso el más templado espíritu, se agarra a ella con desesperación instintiva. No le niego a usted el valor que ha tenido de embarcarse en una aventura suicida, pero mi opinión sobre la fortaleza del género humano peca más bien de pesimista. Y como quiera que le considero bastante humano para dejarse llevar de un mal pensamiento... Bueno, usted vendrá conmigo, y ésa será la única forma de que yo esté tranquilo.

-¡Cómo! -exclamó Schovalov poniéndose en pie de un brinco-. ¿Pretende acaso que le siga a donde quiera que vaya... en calidad de prisionero?

-Diga más bien en calidad de colaborador, si lo prefiere así. Los dos estamos aquí por lo mismo. ¿Qué inconveniente hay en que realicemos nuestro trabajo juntos?

-¡Oiga, amigo! -rugió Schovalov. Y su defectuoso inglés se hacía más malo y difícil de entender a medida que se enfurecía-: Pase porque desconfíe de mí, y me quite la ametralladora y se largue con ella. ¡Pero no podrá obligarme a seguirle, si es eso lo que pretende!

-Eso es justamente lo que pretendo -repuso Haniel secamente-. Y puede escoger entre aceptarme como compañero de expedición, o volverse de espaldas y dejar que le meta un balazo en la nuca.

-Sería usted capaz de matarme, ¿eh? -rugió el ruso.

-Mucho me temo que al final me vea obligado a hacerlo, Schovalov. Sé casi de cierto que no podrá resistir la tortura de verme marchar mientras usted se queda, y entonces tendré que matarle. Solo es cuestión de que usted elija entre morir ahora o hacerlo más tarde.

Schovalov guardó profundo silencio. Kidder podía oír perfectamente sus roncas inhalaciones de oxígeno. Y también le vio crispar sus enguantadas manos sobre el aparato transmisor.

-Está bien -dijo el ruso finalmente-. Le acompañaré si no hay más remedio.

-No lo hay, seguro -contestó Kidder-. En realidad, de poco me serviría tener la ametralladora si me marchara y le dejara en libertad de acercarse a mi aparato. Figúrese, ¡ni siquiera le pusimos cerradura a la puerta!

Schovalov no respondió. Se arrancó furiosamente las clavijas de la radio, tiró el aparato al suelo y empezó a amontonar cosas sobre su trineo.

CAPÍTULO IV

Al llegar al borde de la hendidura, Haniel Kidder se detuvo. Schovalov, tirando de su sobrecargado trineo, llegó junto a él y se dejó caer sobre los fardos amontonados en su elemental vehículo. El suelo, de durísima lava petrificada, ardía recalentado por el sol bajo sus pies. Incluso dentro de sus trajes, densamente forrados de fibras aislantes, los expedicionarios estaban bañados de sudor.

Haniel Kidder tendió su vista en derredor y luego se volvió hacia su forzado compañero, haciéndole señas para que conectara su aparato de radio.

-¿Cansado? -interrogó Haniel apenas el otro hubo movido el interruptor.

-Hemos andado por lo menos quince millas bordeando esta maldita fisura. ¡Y hace tanto calor! -contestó Schovalov quejosamente.

-La hendidura no es muy ancha aquí. Apenas tiene once metros. ¿Es usted buen saltarín?

-¿Quiere decir si podría saltar al otro lado?

-No tiene usted aspecto de atleta -observó Kidder.

-Puedo hacer todo lo que haga usted.

-¡Oh, seguro que no! Es usted debilucho, y ahora comprendo por qué. Le escogieron delgado y de corta estatura por su poco peso, ¿verdad?

-Hubiera sido una tontería disparar a un grandullón como usted a la Luna, cuando una persona de menor peso y estatura puede hacer el mismo trabajo que un gigante... e incluso hacerlo mejor.

-¿Cree usted? -interrogó Haniel sintiéndose picado en su amor propio.

-Le estoy demostrando que puedo llegar a donde usted llegue, ¿no es cierto?

-Muy bien, fierabrás -repuso Kidder irónicamente-. En tal caso, usted será el primero en saltar al otro lado de esta hendidura. Yo, desde esta orilla, le iré echando los fardos uno por uno. Luego lanzaré también los trineos y nos reuniremos en aquel lado para proseguir la marcha. ¿Estamos de acuerdo?

Schovalov se puso en pie y se acercó al abismo para medir con los ojos la anchura de éste.

Estas colosales fisuras, características del paisaje lunar, constituían uno de los misterios que más habían intrigado a los astrónomos terrícolas. Algunas de ellas, de hasta dos kilómetros de anchura, se prolongaban hasta 2.000 kilómetros atravesando cordilleras de montañas y espantosas llanuras de lava petrificada.

Al parecer, estas grietas habían sido producidas por la contracción de la costra del satélite al enfriarse en tiempos remotos. Pero esto era solamente

una suposición.

El hecho real, a los efectos de la expedición, era que esta grieta del suelo interrumpía el paso de los astronautas, los cuales la habían seguido a lo largo de unas 15 millas en espera de encontrar algún punto por donde se pudiera pasar al otro lado.

La fisura aquí no tenía más allá de unos diez metros de anchura.

En cuanto a su profundidad, era imposible saberla. La compacta sombra que proyectaban las paredes de la grieta, dejaba en la más impenetrable oscuridad el fondo de la misma. Podía tener un centenar de metros de profundidad, y lo mismo podía tener diez mil metros.

-Vaya con cuidado y salte lo más lejos que pueda -advirtió Kidder al piloto ruso-. Si se cae ahí, jamás volverá a salir.

-No es necesario que me lo recuerde -gruñó Schovalov retrocediendo unos pasos para tomar carrera.

Kidder, seguro de que el ruso podría salvar con facilidad el obstáculo, descolgó de su hombro la ametralladora y se dirigió hacia su trineo.

Schovalov arrancó a la carrera, saltó describiendo un arco sobre el abismo y cayó de pie en la orilla opuesta, mucho más cerca del filo de la lóbrega fisura que lo que Haniel esperaba y hubiera deseado para su propia seguridad.

Y entonces ocurrió lo imprevisto.

Schovalov dejó escapar un grito que llegó hasta Haniel a través de los auriculares. Y éste vio cómo el terreno cedía bajo las plantas del ruso en forma de un gran pilón de rocas y de piedras que se desgajó del borde de la grieta y se hundió arrastrando consigo al hombre al abismo.

Un chillido espeluznante hirió los oídos de Kidder en el momento que Schovalov era tragado por las negras fauces de la sima. Luego, Haniel escuchó un golpe metálico. Y luego se hizo el silencio.

No era un silencio absoluto, con todo. El leve zumbido de la radio mosconeaba en los auriculares. Y luego, Kidder creyó percibir un rumor parecido al de una respiración entrecortada.

-¡Schovalov! -llamó Kidder avanzando hasta el borde de la sima.

Un débil quejido le respondió, despertando en el corazón de Haniel una chispa de esperanza. La pequeña emisora de radio que el ruso llevaba colgando del cuello había resistido el golpe. Quizás la sima no fuera tan profunda como Haniel se figuraba. Y dada la débil fuerza de gravedad de la Luna, la caída de los cuerpos era sensiblemente más pausada allí que en circunstancias ordinarias en la Tierra.

-¡Schovalov! ¿Me oye usted?

El mismo quejido de antes sonó ahora más claramente. Haniel llegó tanteando al borde de la sima. Descolgó la linterna de su cinturón, se asomó y dirigió el haz de luz hacia abajo.

La hendidura era en verdad muy profunda y el rayo luminoso de la linterna se perdía antes de llegar al fondo.

-¡Schovalov! ¿Me oye?

-Sí... sí... ¡Oh, maldita sea!

-¿Dónde está usted?

-¿Cómo quiere... que lo sepa? -repuso quejumbrosamente el ruso-. No puedo ver nada en esta oscuridad.

-Mire hacia arriba. ¿Ve mi linterna?

-Espere... que me vuelva... ¡Ay! Debo haberme roto algo... sí. Ahora puedo ver la linterna. Está muy... muy lejos.

-¿A qué altura?

-A mucha altura. No sé exactamente a cuánto.

-Espere ahí sin moverse. Puede que se encuentre en un saliente y caiga aún más abajo si da un paso en falso. Voy a unir todas las cuerdas y a echarle un cabo con la linterna atada a su extremo.

Kidder retrocedió, se incorporó y corrió hasta su trineo. Tomó el largo rollo de cuerda. Schovalov también tenía otro rollo en su trineo. Haniel los lanzó con fuerza por encima de la fisura al otro lado.

-Kidder, maldito sea -gruñó la voz de Schovalov por los auriculares-. ¿Qué hace?

-He de saltar al otro lado de esta grieta para poder echarle la cuerda. No se impaciente, no voy a dejarle ahí.

El ruso gruñó. Kidder tomó carrera... saltó limpiamente por encima de la cima. Cayó de pie al otro lado y todavía le sobraron varios metros de terreno. Schovalov tendría que haberle visto realizar aquella proeza para comprender hasta qué punto podía el americano realizar cosas que le estaban privadas a él.

Kidder fue en busca de los rollos de cuerda, unió ambas con un fuerte nudo marinero y ató la linterna eléctrica a uno de los cabos. Luego se acercó al filo del abismo y empezó a descolgar la linterna por el mismo punto en donde se había producido el derrumbamiento.

-¿Ve ahora la linterna, Schovalov? -inquirió Haniel-. ¿Está sobre usted?

-Sí, está exactamente por encima de mí. Siga soltando cuerda...

El primer rollo de cuerda desapareció tragado por las insondables fauces de la sima, y el segundo rollo andaba por su mitad, haciendo temer a Kidder que no fuera suficiente, cuando volvió a escucharse la voz de Schovalov.

-Ya sólo faltan unos metros... Siga soltando, Kidder... más... más... un poco más... ¡la cogí!

-¿Podrá atarse el cabo alrededor de la cintura, Schovalov? -preguntó Kidder-. ¿O será necesario que baje yo?

-No es menester. Puedo valerme bien con las manos. El tobillo es lo

que me duele... Debo habérmelo roto.

Haniel esperó hasta que el otro le anunció desde abajo que ya podía tirar. El yanqui haló la cuerda, sorprendiéndole lo poco que pesaba el ruso al extremo de ella.

Fue cuestión de unos minutos para los fuertes músculos del terrícola sacar a su compañero de la sima. Cuando este último apareció asomando su grotesca escafandra por el borde del abismo, Haniel le tendió la mano y lo levantó de un enérgico tirón que arrancó al otro un débil quejido.

-Bueno, amigo -dijo Kidder empezando a arrollar la cuerda-. Bien puede decir que ha nacido hoy. De haber caído un poco más hondo no habría bastado toda la cuerda que hay en la Luna para sacarle de allí abajo.

-En efecto, me ha salvado usted la vida. ¿Puedo preguntarle por qué lo ha hecho, siendo así que hace unas horas estaba dispuesto a ametrallarme?

Kidder contestó secamente:

-Al quitarle la ametralladora y amenazarle con ella, actuaba en legítima defensa. Pero no tengo nada contra usted, Schovalov. Y le llevaría en mi *Explorer* de regreso a la Tierra, si el cohete fuera lo bastante capaz para llevarnos a los dos.

-¿Quiere decir que no lo es?

-Mucho me temo que no. Y si uno de los dos ha de salvarse, Schovalov, comprenderá que no esté dispuesto a cederle mi plaza en el cohete. El Tío Sam ha gastado muchos millones construyendo ese cohete, sólo para dar a quien lo pilotara un margen aceptable de probabilidades de regreso a la Tierra.

-Supongo -dijo el ruso despectivamente- que a no ser por ese razonable margen de probabilidades de retorno no se habría prestado usted voluntario para esta expedición.

-No sé qué hubiera hecho en esas condiciones, pero el saberlo no afecta al resultado del problema. El caso es que somos dos en la Luna, con un solo aparato para que regrese uno de los dos. Ese aparato es el mío. Y si quiere que al despedirnos derrame lágrimas de pena por usted, Schovalov... desde ahora le digo que será mejor para usted no pensar siquiera en sustituirme en la cabina de mi *Explorer*. ¿Está bastante claro?

-¡Oh, no tiene que repetírmelo tantas veces! Y puede estar tranquilo. Vine aquí sabiendo de antemano lo que me esperaba, y no me tienta el menor deseo de mejorar mi suerte.

-Bien... bien... No lo olvide, por si acaso -gruñó Haniel. Y preguntó-: ¿Podrá andar?

-Lo intentaré.

Schovalov dio algunos pasos cojeando. Kidder, que no podía ver su rostro a través del cristal azul de la escafandra, le oyó quejarse y respirar entrecortadamente por los auriculares.

-¡Qué mala suerte! -farfulló Schovalov entre dientes-. No puedo andar. Creo que me he roto el tobillo.

Haniel miró ceñudamente hacia la zanja que los separaba de los cargados trineos. Aquel muchacho ruso le había creado un problema, si en verdad tenía roto el tobillo. Eran unas veinte millas de candente y áspero desierto de lava las que los separaban de sus respectivos cohetes.

-Espere aquí -gruñó Kidder-. Voy a asomarme a aquel cerro. Si no encuentro lo que busco, volveremos atrás hacia nuestros aparatos. Por supuesto, tendremos que abandonar aquí su equipo. Yo puedo cargar con usted y mi trineo, pero no con todo.

El ruso no contestó. Kidder se alejó escalando la pétrea ladera de un plegamiento de la lava que se levantaba como un cerro y al llegar arriba se detuvo echando una mirada en derredor.

Schovalov estaba sentado sobre el rollo de cuerdas cuando Kidder regresó.

-Hemos tenido suerte -dijo-. Acabo de divisar los restos de uno de nuestros cohetes experimentales a menos de un par de millas de aquí. Voy a saltar la zanja para echarle los bultos y el trineo, y luego continuaremos hasta esos restos. Quizás allí podamos examinar ese maldito tobillo.

Como tantas veces había de ocurrirle al tratar de calcular las distancias en la Luna, las dos millas que faltaban hasta los restos del cohete resultaron tres.

Schovalov, por fortuna, no pesaba en los brazos de Haniel Kidder más que una criatura de un par de años.

Pero incluso un bebé llega a pesar después de tres millas de caminata por un accidentado lecho de lava, si al mismo tiempo se arrastra un trineo cargado de bultos. De tal forma, que el yanqui nadaba materialmente en su propio sudor cuando se detuvo ante los restos del cohete y depositó a su compañero en el suelo.

El cuerpo del cohete, tumbado de costado, era bastante grande. Medía, sin contar el cono, tres metros de longitud por uno de diámetro.

-Un refugio algo estrecho para dos -comentó Haniel-. Pero más cómodo que las cabinas de nuestros aparatos.

El cohete, que debió caer de punta, tenía el cono completamente aplastado. Pero el cuerpo, que aparecía rodeado de una serie de tubos parecidos a los de un órgano, se mantenía en buen estado. En un costado de éste se veía la estrella insignia de las Fuerzas Aéreas norteamericanas. Al otro lado podía leerse esta inscripción:

“Es propiedad de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.”

-¿Está hueco por dentro? -preguntó Schovalov.

-Sí. El mecanismo de control está alojado en la cúpula, y esos tubos de órgano fueron las toberas por donde salían expulsados los gases. El cuerpo

del cohete era el depósito del combustible y podemos utilizarlo como vivienda provisional.

Kidder sacó las herramientas para destornillar las tuercas de la tapa que cerraba la parte posterior del cilindro. Detrás de esta tapa encontraron media docena de botellas de oxígeno y un par de baterías eléctricas. Haniel sacó todo esto descubriendo una segunda tapadera en forma de escotilla, la cual estaba asegurada por un manubrio que giró con bastante facilidad.

Kidder tiró de la tapa hacia afuera mostrando a Schovalov el interior hueco del cilindro.

-En nombre del Tío Sam -dijo irónicamente- le ofrezco mi casa. Espere que cierre algunas espitas que hay ahí dentro y verá cuan confortablemente nos sentimos. ¿Quiere ir descargando mi trineo?

Haniel trabajó un rato dentro del tubo mientras Schovalov sacaba todos los bultos del trineo.

-Ya puede entrar.

El ruso entró gateando en el cilindro. Kidder había colgado de una espita una de sus linternas eléctricas y estaba conectándola con un par de hilos muy finos a los bornes de una de las baterías. Cuando todo el equipo estuvo dentro del cilindro, Kidder tiró hacia sí de la trapa y la aseguró con el manubrio.

-¿Quiere levantar la tapadera de esa caja? -le dijo al ruso-. Es cal para que absorba el ácido carbónico que produzcamos.

Kidder gateó hasta el fondo del cilindro, en donde se veía una pequeña espita.

-El cohete no consumió todo su oxígeno líquido -dijo abriendo la espita con ayuda de una llave inglesa-. Esta reserva quedó para los futuros astronautas que vinieran por aquí. Le digo todo esto por si desea servirse de los restos de nuestros cohetes experimentales cuando yo me haya marchado. Podría prolongar su vida por muchos días más, si pudiera encontrarlos todos.

-¿Y para qué había de desear prolongar mi vida? -contestó el ruso secamente.

-Es cierto -murmuró Haniel viendo como se vaporizaba instantáneamente el fino chorrillo de oxígeno pulverizado-. En cualquier otra parte cabría aplicar aquello de que "mientras hay vida, hay esperanza". ¿Pero qué esperanza de sobrevivir puede quedarle a uno en este maldito satélite sin aire, sin agua ni comida?

Los dos hombres guardaron silencio. Y no pasó mucho rato sin que empezaran a escuchar un ligero y como distante silbido, que fue haciéndose más potente por momentos. Era el oxígeno, que al entrar a considerable presión en el vacío cilindro, se dejaba oír a medida que se hacía una atmósfera respirable.

Cuando la presión en el interior del cilindro fue de una atmósfera por centímetro cuadrado, según las indicaciones del barómetro, Haniel cerró la espita del oxígeno y anunció:

-Bueno. Ya podemos quitarnos estas condenadas escafandras.

Schovalov empezó a quitarse los guantes con lentitud mientras Haniel, como acometido de grandes prisas, cerraba la radio y desconectaba las clavijas, se quitaba los guantes y se arrancaba la escafandra de un tirón.

-¡Uf! Si algo hay inaguantable en esta expedición a la Luna, es sin duda este dichoso caparazón que nos dieron por escafandras.

El tostado rostro de Kidder hizo una mueca violenta cuando su rubia cabeza salió entera de la escafandra. Y sus grises pupilas relampaguearon maliciosamente al mirar al ruso, que en aquellos momentos se quitaba la suya.

-¿Sabe lo que estoy pensando? Pues que ahora podría satisfacer mi viejo deseo de aplastarle las narices de un puñetazo.

-Muy bien -dijo la cavernosa voz de Schovalov al salir de la escafandra-. Hágalo, si tantos deseos siente.

El piloto ruso sacó por fin su cabeza de la escafandra... y Haniel Kidder se quedó mirándolo como quien ve visiones.

Un rostro pálido de delicado óvalo, unos labios rojos y arqueados desdeñosamente, una naricilla recta y un par de grandes y oscuros ojos salieron de la escafandra... al mismo tiempo que una sedeña melena castaña que él desplegó sacudiendo la cabeza.

¡Schovalov era una mujer!

CAPÍTULO V

La sorpresa, al hacer brincar a Haniel Kidder, llevó a éste a pegarse un terrible golpe con la cabeza en el techo de su provisional refugio. El cilindro resonó como un tambor, y Haniel quedó medio atontado por el doble efecto del testarazo y el asombro.

-¡Una chica! -exclamó con voz ronca-. Dios me valga. ¿Por qué no lo dijo antes?

-¿Por qué había de decirlo? -repuso la muchacha clavando en él sus oscuras y maliciosas pupilas-. Usted no me lo preguntó. Y no creo, por otra parte, que el habérselo advertido cambiara el orden de las cosas.

-¡Mil rayos! ¿Cómo pudo ocurrírseles a esos malditos rusos enviar a una mujer a la Luna? -murmuró Kidder, todavía sin poder dar crédito a lo que sus ojos veían.

-¿Y por qué no? Se había predicho hace muchos años, que el primer ser humano que viajara a la Luna sería una mujer. Una mujer pesa menos que un hombre, y puede hacer todo lo que haga un hombre.

-Pero una mujer... ¡Oh, no puedo comprenderlo! -exclamó Haniel-. ¡Pensar que la han despachado a la Luna metida en un cohete rudimentario... sin posibilidades de regreso... condenándola a perecer de asfixia y de frío en esta horrible soledad...! ¡Cielos, eso es inhumano!

-¿Por qué razón, señor Kidder? -inquirió la joven-. ¿Acaso sería menos inhumano lanzar a un hombre a la Luna en idénticas condiciones?

Haniel no supo qué contestar. En el plano de equiparación bajo el cual enfocaba ella el asunto, no debiera tener gran importancia que el sujeto sacrificado fuera un hombre o una mujer.

Esto era lo que la señorita Schovalov creía, pero no lo que Kidder opinaba. Aunque las mujeres de su país marchaban a la cabeza de la emancipación femenina del mundo entero, para millones de americanos, una mujer era siempre una mujer en cualquier circunstancia y lugar.

También lo era para Haniel Kidder, por supuesto. Y pensándolo así, se acarició instintivamente su rubia y crecida barba de varios días.

-Indudablemente -repuso-; el final sería igualmente triste si se tratara de un hombre como tratándose de usted. Me pregunto cómo diablos aceptaría usted participar en una misión como ésta. ¿Estaba tan asqueada de la vida?

-¿Por qué se presentó voluntario usted?

-Mi caso es distinto. Los contribuyentes norteamericanos pagaron muchos millones de dólares sólo para ofrecerme algunas razonables posibilidades de regreso. Y... también estaba un poquito asqueado de la vida.

-¿A causa de aquella novia que le dejó para casarse con otro?

La chica hizo esta pregunta y Kidder la miró con agudeza sintiéndose

enrojecer.

-¿Cómo...?

-¡Oh, también en la Unión Soviética leemos los periódicos! -exclamó la señorita Schovalov desdeñosamente.

Haniel Kidder guardó unos minutos de abochornado silencio.

-A pesar de cuanto hayan dicho los periódicos -aseguró luego-, no fue ésa la causa que me llevó a embarcarme en esta aventura. Aquel contratiempo sentimental, ciertamente, me hizo formar una opinión bastante deplorable del mundo... y de las mujeres en particular. Yo era antes un triste profesor de Física y Química, con un empleo que me daba para vivir modesta y dignamente, aunque sin pretensiones muy elevadas... Cuando esto termine, en el supuesto que termine bien, seré universalmente famoso como el primer hombre que abandonó la Tierra y pudo regresar a ella con vida. Jamás volveré a tener preocupaciones económicas y... ¡bueno! Me habré elevado sobre el común de las gentes, que es al fin y al cabo lo que todo el mundo ansía y la razón de todos los disparates que se cometen en la vida.

-Comprendo -dijo la joven-. El gobierno americano le ofreció mucho dinero por realizar esta hazaña, ¿no es eso?

-¡Oh, no! -Kidder se echó a reír-. Las condiciones fueron, que si yo perecía en la empresa, mis hermanas percibirían una pensión vitalicia además de un premio en dinero efectivo. Pero si regreso con vida a los Estados Unidos, yo he renunciado de antemano a toda recompensa en metálico. Tendré un buen empleo, por supuesto. Y me bastará publicar mis memorias, o interpretar personalmente una película de este viaje, o simplemente presentarme ante la televisión para ganar el dinero a espuertas.

La muchacha hizo un leve movimiento con la cabeza y empezó a quitarse el engorroso traje especial de vacío.

-¿Y usted? -inquirió Haniel con curiosidad-. ¿Cuál será la recompensa que perciban sus familiares por su sacrificio?

-¿Cómo dice? -repuso ella levantando la cabeza con vivacidad. Haniel repitió su pregunta y la muchacha contestó-: Ninguna. No tengo familia.

-¿No tiene padres... ni hermanos... ni parientes?

-No lo sé, en realidad. Mis padres me abandonaron siendo yo muy niña. Me crié en un orfanato del Estado y me eduqué también por cuenta del Estado. Al Estado soviético le debo cuanto soy y obtuve en la vida.

-¿Y... fue mucho lo que usted obtuvo de la vida, señorita Schovalov?

La muchacha se volvió para mirarlo con expresión sorprendida.

-¿Por qué pregunta eso?

-Porque debe ser usted muy joven. Seguramente no cuenta mucho más de veinte o veintidós años. ¿Qué puede haber gozado de la vida una chica

como usted? ¿Por qué duras y amargas experiencias habrá podido pasar, para decidirse a sacrificar su juventud, su belleza y todas las cosas agradables que todavía puede depararle la vida, en aras del progreso de la Ciencia y el bienestar futuro de la Humanidad?

Ella lo contempló largamente con sus rasgados y oscuros ojos.

-¿Era preciso que yo me sintiera desgraciada allá en la Tierra para decidirme a embarcarme en esta aventura, Kidder? ¿Es eso lo que cree usted?

-Sí. Eso es lo que yo creo.

-Bueno, pues mire, no me sentía desgraciada, ni amargada, ni nada de eso. Tomé la única plaza de nuestro *Pioneer* porque me tentaba la aventura, porque alguien había de hacerlo, y porque había de ser un ruso el primero en posar su planta sobre la Luna.

-¿Cree que se sentirá feliz en el momento de su agonía, solamente porque ha sido usted la primera en llegar a la Luna?

-Me sienta como me sienta, eso no debe preocuparle a usted.

-Pues me preocupa -repuso Kidder ceñudamente-. Al precio que ustedes han pagado la tontería de llegar antes a la Luna, nosotros hubiéramos podido venir hace más de un año. Y al fin y al cabo, sólo nos sacaron una ventaja de ocho o nueve horas. ¡Sacrificar una vida humana por satisfacer una estúpida vanidad! ¿Y todavía se siente usted orgullosa del hecho de haber llegado a este maldito mundo un poco antes que yo?

-Sí, lo estoy -contestó la chica con pupilas relampagueantes-. Porque gracias a lo que usted llama mi sacrificio, a mi país le cabe el orgullo de haber sido el primero en conquistar la Luna.

-¡Muy bien, estúpida del demonio! -chilló Kidder exasperado-. ¡Pues que le aproveche, y ojalá eso la haga sentirse feliz cuando esté dando las últimas bocanadas como un pez fuera de agua!

Y soltando un bufido, Kidder se sacó a tirones el grueso y fastidioso traje especial.

* * *

Desde media hora antes, en que había despertado sobresaltado al creer percibir un ligero roce contra los costados del cilindro, Haniel Kidder reflexionaba recostado sobre los fardos amontonados contra la escotilla.

El calor era sofocante dentro de aquel angosto tubo que el sol calentaba exteriormente por uno de sus lados, y aun menos mal que la otra parte estaba en la sombra y refrigeraba parcialmente el ambiente, ya que de otra forma hubieran quedado asados dentro de aquel horno.

A la altura de las rodillas de Kidder, estaban los descalzos pies de Miroslava Schovalov, con uno de los tobillos fuertemente vendado.

Ella se había desprendido también de su traje G, en contra de Kidder,

que se había contentado con aflojar los apretados cordones del suyo. Y con su breve short y su sweater blanco de lana, dormía en conmovedor abandono como si ignorara, o no le importaran mucho, los destrozos que su belleza estaban causando en los nervios de su compañero.

Haniel, humano al fin, no podía evitar sus sentimientos.

También habría sentido compasión de su desdichado colega si éste fuera un hombre en vez de una mujer. Pero su preocupación y su bochorno, indudablemente, habrían sido menos.

Y también se habría sentido menos apurado si Miroslava Schovalov fuera una vieja fea, contrahecha y antipática, en vez de una muchacha sumamente joven, linda y llena de turbadores encantos. En el fondo, el sentimiento era el mismo. Se trataba de un ser humano condenado a perecer por asfixia en este desolado mundo. Pero existía una diferencia.

El hombre, por intuición natural, se rendía siempre ante la juventud y la belleza. Y el estéril sacrificio de aquella vida joven se le aparecía a Kidder con las proporciones de un crimen sacrílego.

No era justo, se dijo, que la condenaran a morir privándola de todos los goces que la vida aún podía depararle.

Mientras Kidder pensaba en todo esto y como si ella sintiera el peso de su mirada, Miroslava Schovalov se despertó. Se incorporó sobre un codo, mirándole maliciosamente, y exclamó:

-¡Cómo! ¿Es que no ha podido dormir usted, preocupado de que pudiera matarle mientras dormía?

Kidder tenía la ametralladora cruzada sobre las rodillas. La ironía de Miroslava le hizo enrojecer.

-Dormí -aseguró-. Pero un ruido extraño me despertó. Era algo así como si un animal frotara contra las paredes de este cilindro por la parte de afuera. Es una tontería que me figurara eso, porque ninguna criatura o animal puede haber estado rondando nuestro refugio. Pero de todos modos cogí la ametralladora.

Miroslava le lanzó una aguda mirada, aunque no dijo nada.

Haniel consultó su reloj. Faltaban pocos minutos para la hora en que debería transmitir su anunciado mensaje a la Tierra. Mientras el manipulador funcionaba, Miroslava escuchaba atentamente las señales telegráficas.

-¿Por qué no transmite en clave? -preguntó ella, extrañada, mientras Haniel esperaba respuesta a su mensaje-. ¿Sabe que leo perfectamente el inglés y me he enterado de todo cuanto ha dicho?

-No hay ningún secreto en los informes que acabo de despachar a la Tierra. Supongo que todos esos datos los habrá obtenido usted por propia observación. Y si alguno le falta y quiere copiarlo de mi libreta de apuntes, yo se la presto y tan campante.

-¿Quiere decir... que me permitirá comunicar a mi vez con la Tierra?

-¡Criatura! -exclamó Kidder mirándola compasivamente-. No me importa que usted transmita lo que quiera a su país con su propio aparato de radio. No la tengo secuestrada, en contra de lo que usted parece haber creído. Si la vigilo, es solamente para que no me juegue una mala pasada.

-Mi transmisor se quedó con el trineo al otro lado de la zanja. ¿Me permite que vaya por él? -preguntó la joven ansiosamente.

-¿Cree que podrá hacerlo en el estado que está su tobillo?

-No lo tengo roto.

-No. Pero será mejor que lo deje descansar algunas horas más. Espere a que acabe de comunicar, y yo mismo iré a traérselo. No podría usted saltar la grieta a la pata coja.

Miroslava empezó a ponerse su traje G mientras Kidder recibía confirmación telegráfica al mensaje que acababa de despachar. Luego, aquel mismo ayudó a la rusa a apretar los cordones de su traje especial de vuelo.

Ella le ayudó a su vez a apretar los cordones del suyo. Después, los dos se embutieron en sus trajes acolchados y se pusieron las escafandras, ya que de otra forma no hubieran podido abrir la puerta de su refugio.

Haniel, al salir, colgó de su cuello la pequeña emisora de radio y tomó la ametralladora.

Dando un ligero rodeo para evitar el plegamiento de la lava petrificada desde el cual había oteado el paisaje unas horas atrás, el piloto tomó sin vacilaciones el camino de regreso hacia el punto donde Miroslava había estado a punto de morir al caerse por el precipicio.

Estaba seguro, desde luego, de llevar el buen camino. Pero esta seguridad se desvaneció completamente al llegar a la vista de la enorme fisura.

Por fuerza tenía que haberse equivocado, ya que de lo contrario hubiera visto el trineo de Miroslava al otro lado de la zanja.

Haniel echó a andar hacia la izquierda. Esperaba ver de un momento a otro el trineo, pero el tiempo fue pasando, y quedando atrás una considerable distancia, sin que distinguiera el notable bulto que el equipo de la muchacha debería hacer en la orilla opuesta del abismo.

Irritado consigo mismo, Haniel volvió sobre sus pasos acercándose más a la grieta. Ésta iba estrechándose progresivamente a medida que él avanzaba, y de pronto Haniel se detuvo.

Allí estaba el sitio donde la roca se había desmoronado precipitando a Miroslava al vacío. Levantó sus asombrados ojos hasta el borde opuesto de la hendidura. Era por allí por donde él había saltado dos veces, estaba seguro. ¡Pero el trineo de Miroslava había desaparecido!

* * *

El terreno alrededor de los restos del cohete experimental estaba desierto cuando Haniel Kidder alcanzó la cima de la ondulación de aquel suelo de lava.

El primer pensamiento del yanqui fue que, por alguna causa desconocida y sobrenatural, Miroslava Schovalov había desaparecido también.

Pero al acercarse más, la propia Miroslava salió gateando del cilindro y se enderezó. Entonces, ella conectó las clavijas de su aparato de radio al micrófono y audífono de su escafandra. Su sorprendida voz llegó hasta Haniel mucho antes que él llegara junio a los restos del cohete.

-¡Cómo! ¿No trae mi trineo? ¿Por qué?

-Sencillamente, porque no lo encontré -repuso Haniel sombríamente.

-¿Que no lo...? ¡Oh! ¿Qué quiere decir exactamente? -interrogó la muchacha.

-Pues que no estaba donde lo dejamos.

-¿Por qué?

-¡Y yo qué sé! -chilló el yanqui llegando junto a la chica-. Alguien se lo habrá llevado, me figuro.

Un largo silencio siguió a las palabras de Kidder. Luego, la voz irritada de Miroslava Schovalov rugió por lo bajo:

-¿No querrá hacerme creer que un habitante de la Luna brotó inesperadamente del suelo y se largó con mi equipo, verdad? Veamos, ¿qué ha hecho de mi trineo? ¿Lo tiró por la fisura abajo?

-¿Qué dice? -protestó Haniel indignadamente-. ¿Por qué se figura que había de hacer semejante cosa?

-Para impedir que yo pudiera telegrafiar a mi país, por supuesto.

-No diga necedades. ¿Qué podía importarme a mí que usted comunicara con su país?

-Me figuro que no le agradaría que se supiera allá lo que había hecho conmigo.

-¡Válgame el cielo! ¿Pues qué he hecho yo con usted? -chilló Kidder.

-Me ha secuestrado. O me ha hecho su prisionera, como prefiera llamarlo -acusó la joven con acento rencoroso.

Kidder iba a soltar un taco redondo, pero optó por callar. Al fin y al cabo, era verdad que había obligado a Miroslava a seguirle. Y adivinó que, dada la mentalidad soviética y su propensión a la desconfianza y la intriga, sería inútil cuanto hiciera por convencer a la señorita Schovalov de que el trineo había desaparecido con todo el equipo como por arte de encantamiento.

A él mismo le costaba creer lo que había visto. ¿Cómo iba a hacérselo creer a la muchacha?

-Vamos a marcharnos de aquí -dijo bruscamente.

-¿Hacia dónde me lleva ahora?

-Usted vaya donde quiera. Yo regreso a mi cohete.

Kidder entró a gatas en el tubo y empezó a echar fuera todos los bultos de su equipo. Luego salió y amontonó sus bártulos sobre el trineo, se ajustó el atalaje de cuero a los hombros y echó a andar.

Ya había recorrido como un centenar de metros, cuando se dio cuenta de que su paso era demasiado rápido para la cojeante Miroslava, y se volvió buscándola con los ojos.

Miroslava Schovalov seguía de pie junto a los restos del cohete.

-¿Por qué se queda parada ahí? ¿Es que no puede andar? -inquirió Haniel.

-Creí que había decidido abandonarme.

-No diga tonterías y vámonos. Supongo que algún día tendré que abandonarla, pero no será por mi propia voluntad.

Miroslava exhaló un suspiro y echó a andar cojeando ligeramente; Kidder, aunque nervioso e impaciente por regresar junto al *Explorer*, trató de calmar su inquietud y acomodar su paso al de ella.

Desandando el camino que habían hecho a la llegada, regresaron de nuevo hacia la fisura.

-¿No podrá usted saltar al otro lado con ese tobillo herido, verdad? -inquirió Haniel.

-Mucho me temo que no. Lo siento. Estoy creándole muchas dificultades, ¿verdad?

Kidder prefirió no contestar. Sabía que no existía en 15 millas de longitud un solo lugar donde la grieta fuera más angosta. Y era muy posible que la fisura volviera a ensancharse a partir de allí.

-Si tiendo una cuerda de ésta a la otra orilla, ¿se atreverá a pasar por ella? -preguntó a la muchacha.

Ella contestó que sí y Haniel sacó del trineo un martillo y un escoplo. Hincó con el martillo el escoplo en una pequeña grieta del piso de lava, ató a él un extremo de la cuerda y saltó sobre la fisura llevando el otro extremo.

Miroslava Schovalov pasó cogiéndose de la cuerda, balanceándose sobre el negro abismo que ya una vez se la había tragado. Haniel sostuvo la cuerda y la muchacha llegó sana y salva al otro lado. Haniel volvió a pasar a la orilla opuesta para echar uno por uno los fardos de su equipo.

Miroslava los cogió al vuelo. Kidder lanzó por último el trineo y de nuevo brincó sobre la fisura para reunirse con Miroslava.

Luego de ponerlo todo de nuevo en el trineo continuaron la marcha.

Al alejarse de los aparatos, Kidder y la señorita Schovalov habían recorrido diez millas hasta la fisura, y luego 15 millas a lo largo de ésta hasta que pudieron cruzarla. Haniel Kidder se propuso hacer más corto el camino de vuelta echando a campo traviesa.

El terreno, con sus irregulares crestas de lava petrificada, tendía a descender lentamente hacia un dilatado desierto de arena que se divisaba lejos. Al fondo, los Apeninos se recortaban sobre el oscuro crespón del espacio tachonado de estrellas.

-Señorita Schovalov, ¿cree usted posible que exista alguna rudimentaria forma de vida en este desierto? -preguntó Kidder al cabo de un largo rato.

-¿Por qué lo pregunta? Usted no creerá en esas fantasías de habitantes de otros mundos, ¿verdad? -le contestó.

Kidder, entonces, preguntó:

-¿Seguro que vino usted sola en su aparato, Miroslava?

-¿Adónde quiere ir a parar? Vine completamente sola, desde luego.

-Bueno. Pues si usted llegó sola ningún terrestre nos precedió o nos siguió hasta la Luna, por fuerza habré de creer que la Luna tiene otros habitantes que nosotros. Aunque le cueste creerlo, no fui yo quien hizo desaparecer su trineo. Alguien se lo llevó.

-¿Alguien? -la joven hizo una breve pausa-. ¿Quién?

-Daría cualquier cosa por saberlo. Y a propósito de esto, recuerdo ahora aquella especie de roce que me pareció escuchar en el exterior mientras dormíamos en el cilindro. Miroslava, ¿se ha dado usted cuenta de que, aunque muy sutil, existe una atmósfera en la Luna?

-En efecto, lo pude comprobar. Existe una atmósfera... como un millar de veces más sutil que la atmósfera terrestre. Naturalmente, ningún ser constituido como nosotros podría respirar y vivir en este mundo. Acaso encontremos alguna clase de musgo en el fondo de los cráteres, pero en modo alguno animales o seres de una especie superior.

-¿Seguro que no? Bueno, mire allá.

Miroslava Schovalov miró sobresaltada en la dirección que Kidder señalaba con el brazo.

Un cuerpo alargado brillaba en la arena a una milla de distancia.

-Es otro de nuestros cohetes experimentales -dijo Kidder.

-¡Oh! -exclamó la muchacha llevándose las manos al pecho-. Qué susto me ha dado. Creí... que había visto otra cosa.

Ella rió nerviosamente apresurando el paso para no quedarse atrás de Haniel. Luego, mientras se acercaban a los restos, preguntó:

-¿Por qué sus cohetes no se estrellaron completamente contra la superficie lunar? ¿Es que tenían también un sistema de frenado?

-Sí. Ese haz de tubos que hay alrededor del cuerpo del cohete, como usted habrá visto, tiene salida por arriba y por abajo. Nuestros cohetes, al acercarse a la Luna, no cambiaban de dirección como mi *Explorer* y como su *Pioneer*. Sencillamente, empezaban a lanzar gases por la parte delantera de los tubos, y caían sobre la Luna a poca velocidad.

Haniel Kidder se interrumpió, porque estaban llegando junto a los

restos del cohete. Y entonces, el americano se detuvo en seco mirando fijamente a la máquina.

El cohete era idéntico al que ellos acababan de utilizar como provisional refugio, sólo que su estado no era el mismo. La tapa metálica, que Haniel tuvo que destornillar con bastante esfuerzo, había sido quitada y se veía tirada en el suelo. Varias botellas de oxígeno estaban esparcidas por la arena... ¡y la escotilla estaba completamente abierta!

Maquinalmente, Kidder montó el cerrojo de su pistola ametralladora y empuñó ésta con firmeza volviendo la cabeza en torno.

No se veía bicho ni ser viviente alguno. Haniel se acercó unos pasos y examinó la espiga de los tornillos que habían sostenido la tapa inferior del cilindro.

-¿Lo ve usted, Miroslava? -murmuró quedamente, como temiendo que su voz realizara el imposible de salir de su escafandra y propagarse en un vacío absoluto-. Esa tapa no saltó del golpe. Las tuercas... ¡fueron desatornilladas!

CAPÍTULO VI

Haniel Kidder, con la pistola ametralladora amartillada, miró desconfiadamente en torno a sí. Miroslava Schovalov, mientras tanto, se acuclillaba para entreabrir la escotilla y lanzaba dentro del cilindro el haz de su linterna.

Casi enseguida se incorporó pegando un brinco prodigioso, al mismo tiempo que prorrumpía en una ronca exclamación.

Haniel Kidder saltó también involuntariamente, dirigiendo el cañón de la ametralladora contra la abierta escotilla como si esperara ver salir por allí a un ser sobrenatural.

Miroslava había retrocedido temblando deteniéndose junto al trineo.

-¿Qué pasa? -inquirió Haniel con entrecortada voz.

-¡Hay un hombre dentro del cilindro!

-¿Eh? -Haniel crispó sus enguantadas manos sobre la empuñadura del arma.

-Pero creo que está muerto -agregó la muchacha, jadeando.

Kidder tomó una de las linternas que pendían de su cinturón, se arrodilló e iluminó dentro del cilindro.

El haz de la linterna cayó sobre el rostro de un hombre que se hallaba recostado contra la pared del fondo... un rostro humano, sin género de dudas, cuyos abiertos ojos estaban clavados en Kidder con una mirada de terror que se resistía a toda descripción.

No era extraño que Miroslava se hubiera asustado. El propio Haniel, aun estando preparado para cualquier evento desagradable, no pudo reprimir un estremecimiento de frío.

El sujeto en cuestión, cadáver sin género de dudas, tenía la cara barbuda y pálida, horrorosamente llena de sangre. Esta sangre debía haberle manado abundantemente de un gran boquete de la sien... un pistoletazo que, al parecer, le había saltado la tapa de los sesos.

Vestía un ajustado traje "G", pero salvo una cantimplora y media docena de latas de conserva vacías desparramadas por el fondo del metálico cilindro, no se veía arma, ropas ni equipo complementario alguno.

Kidder, después de lanzar una rápida mirada al cadáver, se incorporó volviéndose hacia la temblorosa joven.

-¿Conocía usted a ese hombre, señorita Schovalov? -interrogó.

-¿Cómo quiere que le conociera? -exclamó la chica-. Es la primera vez que le veo y... preferiría no haberle visto.

-Es un astronauta, un terrícola como nosotros. Siendo usted rusa, debería saber si su país lanzó en meses anteriores algún cohete tripulado a la Luna.

-¿Y por qué se figura que ese cadáver es el de un astronauta ruso?

¡También podría ser un piloto americano!

-No diga tonterías. Nosotros siempre anunciamos previamente nuestros experimentos con cohetes.

-Eso es al menos lo que aseguran. Aunque sabemos que también los americanos han guardado celosamente el secreto de gran número de fracasos.

-Está usted envenenada por la propaganda antiamericana de su país, señorita Schovalov. Le digo que ese hombre fue un ruso. Probablemente un piloto suicida lo mismo que usted. Y voy a tratar de demostrárselo.

Haniel volvió a inclinarse para introducirse por la angosta escotilla. Permaneció unos momentos dentro del cilindro. Echó fuera por la abertura las latas de conserva vacías, la cantimplora y un par de botellas de oxígeno.

Los depósitos de oxígeno llevaban la inscripción del fabricante. Eran parte de las botellas que cada cohete experimental llevaba entre la tapa del fondo y la escotilla de acceso al cilindro. Los botes de conserva eran de hojalata y no tenían inscripción ni etiqueta alguna.

-¿Se da cuenta, Miroslava? -interrogó Kidder-. Han desaparecido el resto de las botellas, así como las ropas del muerto, la pistola que lo mató y el equipo que probablemente llevaba consigo. Eso quiere decir que hay otro superviviente rondando por ahí, un superviviente armado, tal vez enloquecido por el hambre y esta espantosa soledad... que sabe que estamos aquí... y se oculta, sin embargo, acechándonos con Dios sabe qué siniestras intenciones.

La muchacha se estremeció perceptiblemente sin contestar y Kidder preguntó:

-¿Todavía está tan segura de haber sido usted el primer piloto ruso que ha venido a la Luna, señorita Schovalov?

-Si alguien hubiera venido a la Luna antes que yo, mi país hubiera hecho público el éxito de anteriores lanzamientos. Pero también podría tratarse de un par de pilotos norteamericanos...

-¡Oh, no! -exclamó Kidder.

Pero la señorita Schovalov contestó:

-¿Por qué no? Han estado lanzando ustedes cohetes experimentales a la Luna con metódica regularidad... cohetes que pueden servir de refugio a uno o dos astronautas, con una estimable provisión de oxígeno, botellas y baterías eléctricas... ¿Puede decirme para qué, Kidder?

-Ya se lo dije. Estos restos estaban destinados a servir de refugio y prolongar la estancia en la Luna del primer astronauta americano que llegara.

-Contando con la existencia de estos restos, los americanos pudieron igualmente lanzar un par de pilotos suicidas a la Luna y confiar en que podrían sobrevivir durante varias semanas mientras enviaban informes a la

Tierra...

-No se caliente la cabeza, Miroslava -interrumpió Kidder-. Ese cadáver, y el superviviente que todavía ronda por ahí, no pueden ser pilotos americanos. Hay una razón que lo niega concluyentemente, y es que llevamos años trabajando sobre el proyecto de un aparato como el *Explorer*. Incluso con todos los restos de los cohetes experimentales que hemos estado lanzando a la Luna, un par de hombres no habrían podido prolongar su vida aquí más de cuatro o cinco semanas. Y hace cinco o seis semanas, el *Explorer* estaba terminado y casi a punto de poder volar hasta la Luna. ¿Cree usted que teniendo nosotros un cohete con posibilidades de retorno, habríamos despachado a la Luna un par de pilotos suicidas?

-Supongamos que esos hombres llegaron aquí tripulando un modelo avanzado del *Explorer*, pero que sufrieran algún percance al aterrizar y no pudieran regresar a la Tierra.

-Deje de suponer tonterías, Miroslava. Este cadáver, y el compañero que nos robó el trineo, son tan rusos como usted. Y por cierto, no excluyo la posibilidad de que usted supiera que iba a encontrarse con ellos cuando llegara aquí.

-¿Qué dice? -protestó la muchacha, indignada.

Kidder contestó sombríamente:

-Al fin y al cabo, todavía no me ha dicho usted por qué se trajo una pistola ametralladora. ¿Es que esperaba encontrar en la Luna bisontes y pieles rojas?

-Encontré la ametralladora en la cabina de mi aparato después de haber despegado. No sé quién la puso allí, ni con qué objeto pudieron hacerlo.

-Muy bien, inocente palomita -gruñó Kidder-. Sigamos andando, y procure hacerlo ahora más aprisa. No quisiera que ese compatriota suyo llegara hasta mi aparato ni un minuto antes que yo.

Haniel Kidder volvió a ceñirse los tirantes del trineo alrededor de los hombros, miró con recelo por sus contornos e hizo un significativo movimiento con el cañón de la ametralladora. Miroslava Schovalov inclinó la cabeza y echó a andar resignadamente delante del yanqui.

* * *

Cinco millas más adelante, Miroslava se detuvo en seco y encendió su pequeña emisora de radio.

Kidder la contempló gravemente a través del cristal azul de su escafandra, y entendiendo de su acto que la muchacha deseaba hablarle, conectó a su vez la emisora.

-¿Qué quiere?

-No puedo dar un paso más. Si quiere, dispare sobre mí y acabemos de una vez. Después de todo, me pregunto para qué quiere llevarme consigo.

Tendrá que abandonarme más pronto o más tarde. ¿Por qué no ahora?

-Siga andando -repuso Kidder secamente.

Pero la chica no se movió.

-Está bien -dijo el yanqui-. Monte en el trineo y la llevaré arrastrando. El suelo, aquí, es casi de arena pura.

-Crea que estimo en mucho su bondad, pero en este caso malgasta usted sus energías. ¿Qué objeto persigue al llevarme consigo?

-Suba al trineo y deje de hacer preguntas estúpidas -gritó Kidder furiosamente-. Tengo la impresión de que estamos siendo seguidos. No puedo dejarla atrás para que ese tipo loco la asesine.

-¿Y qué importa eso? Tenía pensado pedirle que me hiciera el favor de pegarme un tiro en la nuca antes de marcharse en su *Explorer*. De manera que si otro lo hace, le evito a usted ese trabajo.

-Es posible. Yo nunca podría hacerle ese favor, Miroslava -la voz de Kidder era ahora ronca y apagada. Y de nuevo estalló colérico-: ¡Suba al trineo y dejémonos de tonterías!

La chica fue cojeando hasta el trineo y tomó asiento sobre los bultos. Tal como Haniel había hecho notar, el suelo era allí de arena y el deslizamiento del ligero trineo sobre la misma no obligaba al yanqui a un esfuerzo demasiado considerable.

Con todo, el camino por recorrer era todavía largo y Kidder estaba empapado de sudor al avistar la bandera que él clavó en las rocas.

Entonces se detuvo y miró atrás. El desierto de arena, con sus ondulaciones y sus aislados riscos, se prestaba muy bien para ocultar a cualquier posible perseguidor. Kidder estaba casi seguro de llevar a alguien tras las huellas de su trineo. Y este alguien, desde el punto y momento que se escondía, no era un amigo.

El americano reanudó rápidamente la marcha. Una gran ansiedad le dominaba, ya que no excluía la posibilidad de que el misterioso enemigo lo hubiera adelantado siguiendo una ruta paralela a la suya para llegar antes al *Explorer*.

Pero el *Explorer*, según pudo ver al rebasar la altura, seguía donde él lo había dejado.

Magnífico, bello e imponente, posado sobre los apoyos de sus alas y sus altos timones, con su aguda proa apuntada al espacio, a Kidder le pareció entonces la máquina más maravillosa de cuantas había creado el ingenio del hombre.

Haniel exhaló un hondo suspiro de alivio.

Al llegar junto al cohete y desprenderse de los arreos de cuero, Kidder se volvió hacia la señorita Schovalov conectando su radio. La muchacha conectó el suyo. Kidder señaló al *Explorer*.

-¿Lo había visto antes?

-De lejos, cuando aterrizaba. Es una máquina muy bella. Y también parece robusta.

-Sí. ¡Lástima que no pueda llevarnos a los dos! -La chica guardó silencio y Kidder consultó su reloj-. Suba usted conmigo. Nos quitaremos las escafandras y comeremos mientras llega la hora de mi emisión.

Miroslava trepó delante de Kidder hasta alcanzar la carlinga del cohete. Ésta resultaba muy estrecha para dos, de forma que tuvieron que encogerse y apretarse sobre el asiento para que Haniel pudiera cerrar la escotilla y abrir la espita del aire comprimido.

Miroslava se quitó la escafandra. La última vez que lo hizo, sus pupilas relampagueaban maliciosamente al clavarse en Haniel. Ahora rehuyó mirarle. Y sus ojos estaban tristes. También rehusó los alimentos que Haniel le ofrecía.

-No siente apetito, ¿eh? -murmuró el yanqui-. Bueno; tampoco yo tengo muchas ganas, pero he de comer si quiero recuperar fuerzas. Tal vez prefiera usted un cigarrillo...

-Sí, me gustaría.

Kidder siguió comiendo en silencio mientras ella fumaba con delectación el pitillo americano. Fuera cual fuere su estado de ánimo, Miroslava demostraba curiosidad por el aparato. Miraba y remiraba su atestado cuadro de indicadores, y de vez en cuando acariciaba ésta o aquella palanca.

-¿Le gusta mi *Explorer*?

-Sí. Nosotros no tenemos nada igual. He de reconocer una cosa, y es que el sistema capitalista de la libre competencia mejora la calidad de los instrumentos. Comprendo ahora que usted se sienta orgulloso de su aparato y... hasta empiezo a considerarle capaz de llegar felizmente a la Tierra.

-Yo estoy seguro de llegar. Luego que haya despegado de la Luna todavía me quedará una carga de combustible suficiente para frenar mi velocidad al acercarme a la Tierra. Aun así, entraré como un meteoro en la alta atmósfera y la proa del aparato se calentará tanto que llegará a ponerse al rojo blanco. Entonces empezarán a actuar los planos sustentadores. ¡Oh, será una larga y emocionante picada hacia tierra! Si todas las pruebas que hemos ensayado sirven para algo y la máquina no se desintegra, espero poder aterrizar en alguna parte sin más percance que algunos chichones y un susto tremendo.

Kidder dijo esto y se echó a reír. De pronto, la señorita Schovalov se cubrió el rostro con las manos y dejó escapar un fuerte sollozo.

Haniel sintió como si un puño de hierro le golpeara bruscamente sobre el corazón. Repentinamente comprendió en qué forma su ciega confianza de regresar salvo a la Tierra hería el atormentado espíritu de aquella desgraciada muchacha. Él mismo había sentido sudores de muerte al temer

por la seguridad de su *Explorer*.

¿Cuál no sería la angustia de esta criatura sabiendo de fijo que estaba condenada a morir tras larga agonía en este inhospitalario satélite, sola con su propio terror, teniendo ante sus ojos el distante e inalcanzable planeta donde moraban sus semejantes?

Ella era también un ser humano. Y era una mujer. Y como tal, por mucha que fuera su intrepidez y su valor, no podía evitar recurrir al supremo consuelo de la mujer: sus lágrimas.

-Por Dios, Miroslava. No llore usted. Me... ¡me está rompiendo el alma! -exclamó Haniel entrecortadamente.

Ella levantó su húmedo rostro. Hizo un esfuerzo por sonreír.

-Soy una tonta, lo sé. No tengo derecho a quejarme después de haberme sentido tan decidida al emprender esta expedición.

-Miroslava, no sabe hasta qué punto me conmueve su situación y... y su valor -dijo Haniel. Y le cogió las trémulas manos-. Si yo pudiera, Miroslava... ¡si yo pudiera hacer algo por usted!

-Ya hizo más que lo que cree por mí, Kidder -musitó la muchacha. Y el agradecimiento resplandeció en sus ojos a través de las lágrimas como el sol detrás de una nube-. Ha sido usted sincero conmigo en todo momento, me ha ayudado y se ha compadecido de mí. Es mucho más de lo que nadie me dio jamás, porque en usted... yo he sentido el calor de un verdadero amigo. Y nunca había tenido amigos.

-¡Muchacha...! -exclamó Haniel. Y cediendo a un irreprimible impulso, se inclinó sobre ella y la besó en los trémulos labios.

Ella accedió a la apasionada caricia. Sus hermosas pupilas resplandecían de extraña luz cuando Kidder se miró en sus ojos momentos más tarde.

-¡Oh, maldición! -exclamó, Kidder desesperado-. ¿Por qué habríamos de conocernos en estas circunstancias y en este horrible lugar?

-Algunas personas -repuso ella lentamente- nacen para ser desdichadas hasta su muerte. Yo no he sabido hasta hoy que era desgraciada, pero gracias a este encuentro no podré decir que lo fuera hasta el fin. Te he conocido y te he amado. Me hará feliz pensar en cuan distinto pudo ser todo si la vida me hubiera deparado la suerte de encontrarte antes.

Haniel Kidder, abrumado por su propia emoción, no acertó a contestar. Ella alcanzó la escafandra que tenía a sus pies y dijo:

-Es la hora de tu emisión. Saldré a esperarte fuera y, mientras tanto, vigilaré por si ese desconocido se acercara.

Haniel se aseguró su propia escafandra, se puso los guantes y conectó los tubos a una nueva botella de oxígeno. Luego abrió la espita para vaciar el aire de la carlinga y abrió la escotilla. Miroslava salió.

En el reloj del salpicadero faltaban solo unos minutos para las siete,

pero Kidder no conectó la radio. Pensaba. Pensaba lleno de angustia que ahora, en cuanto estableciera contacto por radio con la Tierra, tendría que dar cuenta de las anormalidades de la expedición.

Tendría que decir que otros astronautas, habiendo llegado a la Luna semanas antes que él y Miroslava Schovalov, habían recurrido a las reservas de oxígeno de los cohetes experimentales para sobrevivir hasta entonces. Y lógicamente, estando limitado el tiempo de su permanencia en la Luna al alcance de sus escasas cantidades de oxígeno, le ordenarían el inmediato regreso a la Tierra.

Y él regresaría. Tendría que regresar, so pena de perecer a su vez de asfixia. Y Miroslava quedaría sola. Le vería partir con sus grandes y oscuros ojos llenos de lágrimas... y él no volvería a tener paz jamás.

Siempre la recordaría como la última vez que la viera, un punto que se iba empequeñeciendo allá abajo en la inmensa soledad del paisaje lunar. ¡Era horrible!

Kidder alargó su vacilante mano hacia el salpicadero.

Y en este momento, algo duro le oprimió los riñones. Él se volvió sobresaltado hacia la portezuela.

-¡Miroslava! -exclamó. Pero no era Miroslava.

Un hombre le estaba apuntando con un gran revólver desde afuera.

CAPÍTULO VII

Kidder sólo pudo ver del rostro del hombre una mancha borrosa a través del azulado cristal de la escafandra. El desconocido le hacía señas para que enchufara las clavijas de su emisora portátil y Haniel obedeció.

Casi enseguida escuchó en sus auriculares una voz ronca que le decía:

-Salga de la cabina y salte al suelo. Pero sin hacer tonterías, ¿entendido? Le dispararé a bocajarro al menor movimiento en falso.

El inglés del desconocido, como el de Miroslava Schovalov, era bastante malo. No obstante, Haniel lo entendió perfectamente.

Kidder permaneció unos instantes inmóvil, calculando las probabilidades que tenía de librarse de aquel sujeto. Éste se asía con una sola mano al borde metálico de la portezuela. Sus pies, más bajos, debían apoyarse en una de las barras de acero que hacían las veces de escalones para llegar hasta el aparato.

-Está bien -dijo Kidder. Y se dispuso a abandonar la cabina por la angosta portezuela.

El otro se hizo a un lado, quedando sujeto por una sola mano al marco de la portezuela, los pies afianzados en la primera barra de la escalerilla de acceso al aparato. Kidder sacó la cabeza y los hombros por la escotilla... y saltó.

Saltó agarrando el brazo con el que el otro se asía al marco y lo arrastró consigo en su caída hasta el suelo.

La altura desde la que cayeron era de unos ocho metros, una insignificancia en este mundo de tan livianos pesos y tan reducidas aceleraciones. Pero Kidder tuvo la mala suerte de caer de espaldas. Se pegó en la nuca contra la parte posterior de su escafandra y quedó momentáneamente aturdido.

Fue sólo cuestión de un segundo, pero al reponerse inmediatamente el otro saltaba en pie y le apuntaba de nuevo con su revólver.

Kidder masculló una maldición.

-Le dije que no hiciera tonterías -rugió la voz del desconocido en los auriculares de Haniel-. Si vuelve a repetirlo apretaré el gatillo y le mandaré al otro barrio.

Haniel Kidder miró a su alrededor. Al pie mismo del aparato, Miroslava Schovalov permanecía inmóvil como una estatua. A Kidder le hubiera agradado verla al menos con las manos atadas, ya que no muerta. Y también hubiera preferido quedar sordo antes de escuchar las palabras que oyó:

-Coronel Yeniseisk, no irá usted a matar a este hombre, ¿verdad?

Era la voz de Miroslava hablando en inglés. Yeniseisk contestó en ruso algo que Kidder no pudo entender. Kidder, de todos modos, comprendió

que la chica estaba de acuerdo con Yeniseisk, lo cual le indignó hasta el punto de hacerle exclamar:

-¡Maldita traidora! ¿De manera que estaba segura de ser usted el primer piloto ruso que venía a la Luna? ¡Y pensar que me llenaba de angustia la idea de tener que dejarla aquí! ¡Que hubiera sido capaz de cederle mi plaza en el *Explorer* y quedarme yo en la Luna en lugar de usted! ¡Bah! He sido un tonto, ahora lo comprendo.

-Kidder, le aseguro que se equivoca -protestó la dolida voz de la chica por los auriculares de Haniel-. Yo ignoraba en verdad que otros compatriotas míos hubieran venido a la Luna antes que yo. ¡Oh, no logro entender nada!

-¡Aja! -contestó Haniel ásperamente-. Usted no entiende nada, pero llega ese maldito coronel y le deja que me sorprenda por la espalda sin hacer nada por impedirlo.

-Es un superior jerárquico. Le debía obediencia.

-¿También aquí en la Luna? ¿Cuándo supo que Yeniseisk era un coronel ruso?

-Él estaba aquí abajo cuando yo descendí del cohete. Cayó sobre mí por sorpresa, me arrancó las clavijas de mi aparato de radio y me amenazó con su revólver. Luego me mostró sus credenciales y me ordenó guardara silencio. Quise avisarle de todas formas, mientras él trepaba por la escalerilla... ¡pero usted no me respondió!

Kidder recordó que, en efecto, él estaba preparándose en aquel momento para comunicar con la Tierra y tenía desconectado su pequeño transmisor de radio. Aunque Miroslava le hubiera llamado, él no habría podido oírla.

Pero de todas formas no le creyó. Su fe en Miroslava se había hundido, acaso porque creía adivinar las intenciones del coronel Yeniseisk.

Una risa sardónica, la de Yeniseisk, resonó baja y desagradablemente en el interior de la escafandra de Haniel Kidder.

-De manera que casi estaba usted dispuesto a cederle la única plaza de su cohete para que ella pudiera regresar a la Tierra -dijo Yeniseisk irónicamente-. Pude oírles por la radio mientras venía siguiéndoles hasta aquí. La pequeña Miroslava tiene que ser muy bonita para haberle inducido a tan gran sacrificio... o sus artes de seducción son muy notables... o es usted un estúpido, capitán Kidder. Tendría que haber vivido seis semanas como yo en este maldito desierto... viendo aproximarse la muerte a cada botella de oxígeno que se vacía... torturado por el hambre y la sed, sin esperanzas de que ocurra un milagro y alguien venga en su ayuda, para comprender hasta qué punto llegamos en nuestra imbecilidad los que nos ofrecimos voluntariamente para venir a morir en la Luna... o los que como usted renuncian a la salvación en favor de una muchacha que ha logrado

enternecerle con el horror de su ineludible fin. Sépalo, capitán. Ya no queda en doscientas millas a la redonda ni un solo cohete americano que pueda proporcionar oxígeno y refugio a un hombre desesperado. El último que quedaba era el que usted y la chica utilizaron hace unas horas. Pueden ustedes volver allá, y con las últimas bocanadas de oxígeno que todavía quedan, quitarse sus escafandras y unir sus labios en el último y largo beso de la muerte... ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Yeniseisk volvió a reír con aquella risa de loco.

-Yeniseisk -dijo Kidder de pronto-. Usted asesinó a su compañero.

El loco astronauta dejó de reír. Una especie de fiero rugido salió de su garganta para llegar hasta los oídos de Miroslava y el capitán Kidder a través de los auriculares.

-Nuestras reservas de agua y oxígeno eran demasiado pequeñas para los dos, incluso contando con los restos de los cohetes americanos -dijo entre dientes.

-Por supuesto -dijo Kidder-; está pensando usted en largarse en mi cohete abandonándonos a la señorita Schovalov y a mí.

-Le oí decir que su cohete sólo era capaz para uno de ustedes. Yo regresaré con él a la Tierra, y así le libraré del tormento de renunciar a la salvación en favor de la chica o del remordimiento de tener que abandonarla aquí.

-Está usted loco, Yeniseisk -exclamó aquí la señorita Schovalov con acento indignado-. Acaba de confesar que ha cometido un crimen. Si regresa a la Tierra será fusilado.

-¿Por qué? -inquirió el loco volviendo a dejar oír su desagradable risa-. Nadie sabrá que maté a Yeniseisk.

-¡Yeniseisk! -exclamó Miroslava avanzando un paso-. ¿Así, pues, ni siquiera es un coronel?

-El coronel es el muerto -masculló el otro-. Yo soy el sargento Muzio Sagrovich. ¿Y qué? Me sirvió bien la treta para engañarte y hacer que me obedecieras, necia del demonio.

-¡Oh, maldito perro... traidor! -rugió la muchacha avanzando hacia Muzio-. El miedo tiene que haberte vuelto idiota, ya que de lo contrario no soñarías siquiera en poder regresar a la Tierra y conseguir que quedara impune tu crimen y tu cobardía.

Sagrovich rió baja y siniestramente.

-Inventaré una historia razonable... Después de todo, ni tú ni este estúpido yanqui podréis regresar jamás a la Tierra para desmentirme.

-¡Canalla... miserable... rufián! -barbotó Miroslava acercándose a su compatriota.

Haniel Kidder presintió entonces lo que iba a ocurrir y se puso en pie.

-¡Atrás! -rugió el astronauta loco encañonando a la joven. Y volviendo

el cañón de su revólver contra Kidder, que también avanzaba hacia él, chilló agudamente-: ¡Atrás tú también!

-Vamos, Muzio... cobarde -dijo la señorita Schovalov-. Apunta aquí y dispara. Tendrás que ser muy rápido para poder matarnos a los dos, antes que uno u otro caiga sobre ti.

Muzio Sagrovich retrocedió ante sus dos enemigos, apuntándoles alternativamente con la pistola y procurando mantener la corta distancia que le separaba de ambos. Hasta los auriculares de Kidder llegaba el ronco estertor de las inhalaciones de oxígeno del ruso. Éste, de pronto, gritó:

-¡Maldita sea, os mataré a los dos!

Y volvió el cañón de su revólver hacia Kidder.

Miroslava Schovalov dio un prodigioso salto arrojándose contra su compatriota. Éste, en el último instante, volvió el cañón del arma hacia la muchacha.

Pero los músculos terrícolas de Miroslava, dándole un impulso extraordinario en aquel mundo de fuerzas gravitatorias sumamente débiles, proyectándola como un bólido contra Muzio, éste no pudo utilizar su pistola contra la joven, cayendo los dos en confuso montón sobre la arena.

Muzio, con todo, seguía esgrimiendo la pistola. Primero pegó un golpe con ella en la parte posterior del metálico casco de Miroslava. Luego volvió el cañón contra la nuca de la muchacha...

Kidder saltó adelante y pegó un golpe con el canto de la mano en la muñeca de Muzio. El revólver escapó de la mano del ruso y cayó a cierta distancia en la arena. El sargento apartó a Miroslava de un empujón y saltó en pie.

Como Miroslava, Muzio Sagrovich debió ser escogido para volar hasta la Luna, entre otras cosas, por su pequeña estatura y su peso liviano. Con escafandra y todo, apenas si pasaba del hombro del corpulento astronauta norteamericano. Éste alargó las manos y atenazó al ruso por el pecho.

-Fuiste muy bravo mientras tuviste la pistola en la mano, renacuajo -le dijo-. Toma esto.

Un empellón de Kidder lanzó al otro dando vueltas a más de doce metros de distancia.

Muzio, después de rodar como una pelota por la arena, se puso en pie de un salto y gritó algo en ruso. Kidder se volvió hacia Miroslava Schovalov. Ésta acababa de recoger el revólver del suelo.

-¡Vaya! -exclamó Kidder irónicamente-. Siempre tuve curiosidad por saber qué hubiera hecho usted desde un principio de haber retenido la ametralladora. ¿Qué hará ahora con el revólver?

Los tres personajes habían quedado ahora inmóviles. La chica, con la pistola en la mano. Kidder, de pie ante ella. Muzio Sagrovich, a distancia y hablando de nuevo con rapidez.

Miroslava Schovalov contestó en ruso.

-¿Puede saberse qué están hablando ahora? -preguntó Kidder. Y dio un paso adelante.

-¡Quieto! -gritó la muchacha agudamente. Y lo encañonó con el revólver-. No se mueva.

Haniel Kidder se detuvo. Y la seguridad de que no sería él quien regresara a la Tierra con su *Explorer* no le amargó tanto como la íntima persuasión de haber sido estúpida y humillantemente engañado por aquella pequeña embaucadora.

Se cruzó de brazos. Muzio y la señorita Schovalov siguieron hablando en ruso. Muzio se acercó. Y Kidder se preguntó si acaso habrían llegado a algún acuerdo.

¿Pero qué clase de acuerdo podía mediar entre aquellos dos tunantes? Sólo uno podría regresar a la Tierra en el *Explorer* aunque, bien mirado, los dos juntos no debían pesar mucho más que él solo.

Sin embargo, Miroslava Schovalov habría sido tonta de aceptar el riesgo de llevar consigo a su compatriota, cuando ella sola tenía mayores probabilidades de llegar salva a la Tierra. ¿De qué estarían hablando entonces?

Muzio se acercó al trineo de Haniel, extrajo del bolsillo una navaja y cortó un pedazo de cuerda. Luego se acercó donde Kidder estaba.

-Ponga las manos atrás, capitán Kidder -ordenó Miroslava-. Vamos a atarle.

-¡Hola! -exclamó Haniel-. ¿Se pusieron de acuerdo, al fin?

-Ponga las manos atrás y cállese.

Haniel obedeció.

-¿Puedo saber para qué se toman la molestia de atarme? -preguntó mientras Muzio le amarraba fuertemente las muñecas a la espalda.

Fue Muzio Sagrovich quien contestó:

-La teniente Schovalov cree con razón que los americanos no tardarán en enviar otros pilotos a la Luna. Por lo tanto, no podemos dejarle tirado aquí con un balazo en la nuca. Le acompañaremos hasta esa grieta del suelo que hay a doce millas de aquí y le precipitaremos al abismo. Nunca podrán sacar su cuerpo de allí, y si lo sacan será lo mismo. Dejaremos su trineo y todo su equipo al borde de la sima, a fin que parezca un accidente, ¿comprende?

-Un accidente como el que estuvo a punto de costarle la vida a la señorita Miroslava, ¿no es cierto? -interrogó Kidder con acento de amargura-. Bueno, Sagrovich. Al fin y al cabo, no está usted tan loco. O acaso la locura haya agudizado en usted cierta predisposición especial para el crimen. Y del coronel Yeniseisk, ¿qué hará usted?

-También pasaremos por allí para ponerle la pistola en la mano y hacer

que parezca que se suicidó al no poder soportar tantas penalidades. Yo tenía una buena hoja de servicios allá en la Unión Soviética. Por lo tanto creerán en mi palabra.

-Perfectamente, Sagrovich... perfectamente -murmuró Haniel-. Y de la forma de regresar ustedes dos a la Tierra, ¿qué me dice? ¿Cómo piensan resolver el problema de pesos?

-¡Oh, no se preocupe! -exclamó Muzio echándose a reír-. Regresaremos los dos. Yo sé cómo. ¡Oh, lo sé!

Muzio Sagrovich dejó oír de nuevo su destemplada e histérica risa y Haniel miró a la señorita Schovalov. Por desgracia, su propio cristal y el cristal azul de la escafandra de Miroslava le impedían ver el rostro de ella. Y a Kidder le hubiera agradado ver cuál era la expresión de las bellas pupilas de la muchacha en este instante.

La señorita Schovalov se puso la pistola en el cinturón y trepó por la hilera de barrotes hasta la carlinga del *Explorer*. Sin entrar en la cabina, la chica alcanzó la pistola ametralladora y volvió a bajar con ella.

Antes de ponerse en marcha, todos cambiaron sus exhaustas botellas de oxígeno por otras nuevas de las que estaban sobre el trineo de Kidder.

Muzio fue quien ajustó los tubos de goma de la escafandra de Haniel. Luego le puso los arreos del trineo y le dio un golpe en la espalda animándole a andar.

Sagrovich los condujo primeramente en dirección perpendicular a la que Miroslava y Kidder habían seguido al regresar hacia el *Explorer*. Allí oculto tras unos riscos estaba el trineo de la señorita Schovalov. Muzio se colocó los arreos de este segundo trineo y oblicuó a la derecha para guiar a la chica y al americano en dirección a unas montañas no muy elevadas que se recortaban contra el negro fondo del espacio.

Sagrovich, según dijo entonces, había encontrado casualmente el abandonado trineo de la señorita Schovalov cuando erraba por el desierto en desesperada busca de los restos de algún cohete americano no utilizado por él hasta entonces.

El hallazgo del trineo, como primera providencia, alivió la precaria situación de aquel náufrago cósmico. Encontró en él varias botellas de oxígeno, provisiones y pilas para reemplazar las de su exhausto aparato de radio.

Desde la misma altura a la que Kidder se había encaramado poco antes, Sagrovich divisó los restos del cohete americano y decidió acercarse a ver. Puso sus manos sobre el cilindro, en espera de percibir alguna vibración que le confirmara lo que suponía, siendo este ligero roce el que escuchó Kidder.

Sagrovich, notando que alguien se movía dentro, se apresuró a retirarse llevándose el trineo de la señorita Schovalov.

-Si hubiera sabido de cierto que dormían dentro del cilindro sin escafandra, habría abierto la puerta y hubieran muerto ustedes dos de asfixia -confesó el sargento ruso con el mayor cinismo-. Pero no me atreví a correr el riesgo. Además, necesitaba saber más cosas de ustedes, y las supe luego escuchándoles a distancia con mi receptor de radio.

Mientras avanzaban rápidamente a través del desierto, Haniel observó que la señorita Schovalov seguía conservando el revólver y la ametralladora. Sagrovich hablaba por los codos con gran vivacidad, notándose su esfuerzo por ganarse la confianza de la chica.

Hacía seis semanas y tres días, dijo, que él y el coronel Yeniseisk habían llegado a la Luna tripulando un cohete de dos plazas de características parecidas a las del *Explorer* norteamericano; es decir, concebido para que pudiera despegar de la Luna y regresar a la Tierra, planeando con sus cortas alas al llegar a la atmósfera de ésta hasta una altura del suelo desde la cual sus dos tripulantes serían catapultados fuera de la cabina dentro de una cápsula suspendida por paracaídas.

Aquel aparato, según confesión del propio Sagrovich, no reunía suficientes garantías de seguridad y empezó a tener fallos casi desde el momento de ser disparado al espacio.

Al llegar a la Luna y debido a una avería en el sistema de dirección, el coronel Yeniseisk no pudo enderezar completamente el aparato y éste cayó ladeado a gran velocidad sobre la superficie lunar. Entonces, sabiendo que se estrellarían irremediablemente y cediendo a un impulso instintivo, el coronel recurrió al dispositivo de disparo que debía lanzar la cápsula con sus dos tripulantes fuera de la cabina.

-La catapulta funcionó un segundo antes que el aparato se estrellara contra el suelo. Toda la cabina salió disparada hacia arriba y se hizo pedazos al caer en el suelo, pero la idea que el coronel tuvo en el último instante nos salvó la vida. Desde luego, la máquina quedó destrozada junto con la mayor parte de nuestro equipo científico. La radio, entre otras cosas, quedó inservible... y allí empezó nuestra dura lucha por la supervivencia. Sin un refugio siquiera donde poder desembarazarnos de nuestras escafandras para comer, hubiéramos muerto a los pocos días de sed si en nuestro desesperado errar no hubiéramos encontrado los restos de aquel cohete experimental norteamericano donde Yeniseisk murió...

-Querrá decir donde usted lo asesinó -apuntó Haniel Kidder.

Muzio Sagrovich se encogió de hombros.

-Uno de los dos tenía que morir para dejar sus raciones de oxígeno y de agua al otro -murmuró sombríamente.

CAPÍTULO VIII

Haniel Kidder conocía ahora los pormenores del drama de los supervivientes del primer *Pioneer* ruso y podía adivinar fácilmente las consecuencias que se derivaron de este hecho.

En efecto, y siguiendo su política de callar los fracasos para anunciar solamente los éxitos cuando éstos ya se habían producido, los rusos guardaron el secreto del desastre del *Pioneer I.* Y casi al mismo tiempo que el coronel Yeniseisk y el sargento Sagrovich caían en la Luna, los Estados Unidos anunciaban la fecha del próximo lanzamiento de su primer cohete tripulado a la Luna.

Los rusos, que se habían propuesto ser los primeros en pisar el suelo del satélite, no contaban por entonces con otro aparato para reemplazar al fracasado *Pioneer I.* Pero tenían un cohete capaz para un solo tripulante sin posibilidades de retorno, y pensando de su fracaso que los americanos fanfarroneaban al asegurar que su piloto volvería, los rusos se anticiparon en unas horas y lanzaron también su *Pioneer II*, tripulado por una mujer.

Era, pues, conmovedoramente dramático que los rusos hubieran sacrificado un tercer piloto ignorando que ellos ya habían "descubierto" la Luna y que, desde seis semanas atrás, un piloto ruso vagaba por las horrendas soledades lunares desvariando como un loco en lucha terrible por su supervivencia.

Sería interesante, se dijo Kidder, saber qué versión darían los rusos de los hechos acaecidos en la Luna y del retorno de su piloto Schovalov tripulando el *Explorer* americano. ¿Se apuntarían el éxito como propio, vistiendo al *Explorer* con la piel de aquel *Pioneer* incapaz de regresar por sus propios medios a la Tierra? ¿Serían sinceros y declararían que el aparato que regresó era el *Explorer*? ¿Harían justicia y fusilarían a Sagrovich y a Schovalov?

Todo era posible. Mas ocurriera lo que ocurriera, él no podría saberlo. Tampoco viviría para condenar con su testimonio a sus asesinos. Éstos le precipitarían por el abismo dentro de poco, y el secreto de lo que pasó en la Luna moriría con él.

Miroslava Schovalov, cojeando de su resentido tobillo, había quedado nuevamente rezagada cuando Muzio Sagrovich se detuvo al pie de un alto y ruinoso farallón rojizo.

De una forma puramente casual, Haniel observó que parte del farallón se había derrumbado en épocas anteriores desparramando grandes y pequeños bloques de piedra roja y amarilla que se veían esparcidos por el suelo.

No se trataba, pues, de roca volcánica, sino de granito de formación muy anterior al piso de lava que Kidder adivinaba debajo de la arena. Esta

lava, al parecer, se había derramado desde los grandes cráteres lejanos cubriendo otros cráteres más pequeños e igualando su superficie. Pero el rojo y alto farallón, como las rocas inmediatas, tenía una edad anterior en varios milenios y parecían haber sido objeto de la erosión del viento en las remotas edades en que la Luna poseyó también una atmósfera.

Por último, Haniel Kidder observó que algunos de los pedruscos desparramados brillaban con reflejos metálicos y amarillos. Y también había una gruesa vena metalífera cruzando diagonalmente el muro del farallón, brillando a la luz del sol con chisporroteos que hubieran resultado cegadores sin la atenuación del cristal azul del frente transparente de las escafandras.

-¡Corre, teniente Schovalov! -gritó Muzio agitadamente-. ¡Ven y te convencerás por tus propios ojos! ¡Es oro, muchacha! ¡Oro puro... y hay toneladas de él!

Haniel Kidder quedó paralizado por la sorpresa. Indudablemente, la vena amarilla era oro. ¡Y debía haber varios millares de kilos desparramados por el suelo e incrustado en la vena del farallón!

-Lo descubrí por casualidad mientras erraba en busca de los restos de los cohetes experimentales americanos -dijo Muzio. Y Kidder pudo percibir su agitada respiración a través de los auriculares-. Si pudiéramos arrancarlo y llevarlo a la Tierra seríamos los más ricos del mundo. Aun así, podemos llevar una buena cantidad en nuestro cohete. Y no aterrizaremos en la Unión Soviética, por supuesto. Iremos a un país capitalista y allí nos daremos la gran vida. ¿Qué me dices, Schovalov?

Miroslava llegó arrastrando su tobillo lastimado y se quedó mirando, al parecer pensativamente, los grandes y amarillos pedruscos que se habían desprendido del farallón.

-Es una verdadera lástima -dijo suspirando-. Pero no creo que podamos llevar mucho de ese oro con nosotros. ¿Dónde está tu cohete, Muzio?

-Oye, muchacha -contestó Sagrovich recelosamente-. Ahora ya has visto el oro y sabes que no miento. Conozco la forma de que tú, yo y algunos kilogramos de este oro podamos salir de la Luna. Pero no te llevaré hasta los restos de mi cohete si antes no me entregas la ametralladora.

-¿No te fías de mí, Muzio? -inquirió la joven.

-No. Sabiendo dónde está el oro y teniendo en tus manos la ametralladora, te sería demasiado fácil librarte de mí y del americano para largarte sola sustituyendo lo que yo peso en oro.

-Eso mismo podrías hacer tú conmigo si yo te entregara ahora la ametralladora o la pistola, Muzio -repuso Miroslava.

-Puedes pensar lo que quieras -pronunció Muzio sordamente-. No te diré dónde está mi cohete hasta que no me entregues un arma por lo menos.

-Muy bien -dijo Miroslava-. En ese caso regresaré al cohete americano.

No podré llevar conmigo ni un gramo de oro, pero tú, Muzio... dime: ¿De qué te servirá tu oro aquí en la Luna? ¿Has pensado hacerte tu tumba con él?

Muzio Sagrovich guardó silencio y Kidder estuvo a punto de soltar la carcajada. Era duro, muy duro, el problema que se le planteaba a Muzio Sagrovich. Miroslava tenía la ametralladora y el revólver y, por lo tanto, el billete seguro para regresar a la Tierra.

Muzio, al parecer, tenía los medios para que el *Explorer* pudiera despegar con dos personas y algunos kilogramos adicionales en oro. Y aquel recurso, fuera cual fuere, se encontraba entre los restos del *Pioneer I*. Sin Muzio, Miroslava no podría llevarse ni un gramo de oro. Pero éste era un mal menor comparado con el problema de Muzio, porque ella, al menos, podía salvar la vida.

¿Pero de qué le serviría a Muzio Sagrovich impedir que Miroslava se marchara sin su oro, si él era abandonado y tendría que morir finalmente en la Luna?

Haniel Kidder advirtió enseguida que los tantos estaban a favor de Miroslava. Muzio Sagrovich podía elegir entre arriesgarse a que su compatriota le traicionara, o morir de todas formas con su codiciado oro. Kidder supuso que Muzio acabaría por ceder. Y así fue, en efecto.

-Está bien -farfulló el ruso, vencido-. Te acompañaré hasta donde está nuestro cohete. ¡Pero no intentes traicionarme, muchacha! Todavía después que yo te haya llevado hasta el *Pioneer*, necesitarás de mí para acoplar los cohetes al aparato americano.

-Bien. Sigamos -repuso Miroslava lacónicamente.

Haniel Kidder echó a andar tras Muzio sin esperar a que se lo ordenaran. Porque aunque él era el llamado a ser la víctima propiciatoria de aquel par de tunantes, sentía tanta curiosidad por ver en qué quedaba todo aquello que casi lo había olvidado.

Muzio Sagrovich los llevó cinco millas más lejos hasta las pinas paredes de un cráter donde los pies de los expedicionarios se hundieron profundamente en un lecho de cenizas volcánicas. También los patines de los trineos se atascaban en aquel polvo gris, razón por la cual resultó penosa la ascensión.

Al llegar arriba se detuvieron. Muzio Sagrovich señaló abajo al circo delimitado por las altas y empinadas paredes de roca y ceniza gris.

-Ahí está nuestro *Pioneer*. La cápsula, al ser lanzada por la carga explosiva, cayó sobre aquella ladera de cenizas. Este polvo tan fino amortiguó el golpe de la caída y fue sin duda lo que nos salvó.

Los expedicionarios empezaron a descender por la vertiente interior del cráter, la cual se hallaba sumida en negra e impenetrable sombra.

A tal punto era compacta la oscuridad, que Muzio y la señorita

Schovalov tuvieron que alumbrarse el camino con las linternas eléctricas. Pero el fondo del circo estaba sensiblemente más alto que el nivel del desierto contiguo, de tal forma que el descenso resultó breve.

Los expedicionarios cruzaron el fondo del cráter hacia un informe montón de hierros retorcidos que se encontraba a una milla escasa de distancia.

Haniel Kidder observó los restos del cohete ruso con la curiosidad propia del entendido en la materia. El *Pioneer*, en su forma original, debió ser mucho más grande que su *Explorer*. Como éste, también el cohete ruso tenía cortos y robustos planos destinados a servir de sustentación a la máquina en la densa envoltura gaseosa del planeta.

En cambio parecía estar construido de materiales más endebles que el *Explorer* norteamericano y su *performance*, sin género de dudas, no había sido cuidado con tanto esmero como el del cohete americano.

Era en conjunto una máquina bastante tosca, sin que esto quisiera decir que resultara totalmente ineficaz. Bien o mal, aquel cohete había llegado a la Luna con dos hombres a bordo. Y, lo que era más extraordinario todavía, iba a servir aun con sus restos para elevar al *Explorer* con un peso adicional de alrededor de un centenar de kilogramos de carga extra.

Muzio Sagrovich señaló algunos largos tubos de aluminio que se hallaban esparcidos por el suelo.

-Para despegar de la Luna, nuestro *Pioneer* llevaba estos cohetes de carga sólida que debían desprenderse del aparato al quemarse -indicó-. Algunos de los cohetes se rompieron al destrozarse la máquina, pero la mayoría de ellos todavía pueden servirnos para dar impulso y hacer despegar al aparato americano.

-Capitán Kidder -dijo la voz de Miroslava-. ¿Cree usted posible hacer despegar a su *Explorer* con dos personas si se le añaden estos cohetes?

-¿Y por qué diablos me lo pregunta a mí? ¿Soy yo acaso quien va a intentar despegar en el *Explorer* con un quintal de oro? -contestó Kidder desabridamente.

-Con oro o sin él -repuso la muchacha sacando una navaja del bolsillo de su traje especial- usted será el único que cuente con una plaza segura en su *Explorer*. Vuélvase para que le corte esas ligaduras.

Haniel Kidder quedó mudo por el asombro. No así Sagrovich, el cual dio un prodigioso salto hacia la muchacha y exclamó:

-¡Maldita traidora...! ¿Qué significa esto?

-Significa, Muzio Sagrovich, que nunca tuve la intención de unirme a un cobarde asesino para cometer otro crimen a cuenta de unos puercos pedruscos de oro. Solamente quería saber dónde estaban los restos de este aparato... y comprobar por mí misma si sería posible que el capitán Kidder y yo pudiéramos despegar con el impulso adicional de estos cohetes.

-¡Perra traidora! -aulló Muzio Sagrovich abalanzándose sobre la muchacha.

Miroslava Schovalov soltó la navaja volviéndose hacia el sargento para hacerle frente. Pero por muy rápida que ella fue empuñando la ametralladora, Muzio le cayó encima antes que pudiera hacer uso del arma.

El impacto de Sagrovich, catapultado por toda la furia de sus músculos terrestres en este mundo de fuerzas gravitatorias insignificantes, no sólo derribó a Miroslava, sino también al capitán Kidder. Los tres en confuso montón rodaron sobre la impalpable ceniza que tapizaba el fondo del cráter...

Muzio y Miroslava se pusieron en pie velozmente. La chica, que había perdido la ametralladora al caer, llevó su mano al cinturón en busca de la culata del revólver.

Muzio Sagrovich, a quien el coraje y la desesperación habían devuelto súbitamente la fuerza y la agilidad perdidas en aquellas largas semanas de atormentadora hambre, saltó hacia Miroslava y le pegó un golpe en la mano.

La pistola fue arrebatada de la mano de la muchacha para caer a cierta distancia en el polvo. Muzio Sagrovich corrió a recogerla, pero entonces fue la chica quien saltó a sus piernas agarrándole y haciéndole caer. Muzio se revolvió metiendo la mano en el bolsillo, y la acerada hoja de su navaja brilló al sol al salir del mango impulsada por el muelle.

-¡Cuidado, Miroslava... tiene una navaja! -gritó Kidder agudamente.

Muzio Sagrovich, barbotando palabras en ruso, levantó su brazo armado...

La muchacha detuvo la mortal cuchillada que iba dirigida contra su pecho agarrando la muñeca de su enemigo. Y nuevamente los dos rodaron por el polvo forcejeando confundidos en estrecho abrazo.

Haniel Kidder, que no esperaba de Miroslava el prodigio de verla derrotar a Muzio por muy debilitado que éste estuviera, miró en torno a sí con desesperación. Y en el mismo instante, providencialmente, su vista cayó sobre la navaja que Miroslava había sacado para cortarle las ligaduras, la cual estaba allí cerca medio enterrada en el polvo.

A través de su aparato de radio, Haniel podía escuchar la jadeante respiración de los contendientes. Rápidamente rodó sobre sí mismo y tanteó con las manos atrás, hasta que sus dedos tocaron la navaja.

Iba a ser tarea larga, pensó, cortar la cuerda que le amarraba las muñecas. Miroslava Schovalov se encontraba entonces debajo del enloquecido Muzio y, según las apariencias, llevaba todas las de perder.

A Kidder le parecieron siglos los segundos que tardó en coger la navaja de forma adecuada para poder aplicar su filo a las cuerdas. Y rechinó furiosamente los dientes mientras, ante sus ojos, Muzio acercaba milímetro

a milímetro su cuchillo al pecho de Miroslava Schovalov.

-¡Resiste un poco más, Miroslava... solo un poco más! -la animó con entrecortada voz.

De pronto, Muzio Sagrovich hizo un movimiento rápido con la mano izquierda. ¡Había arrancado de un tirón el tubo de goma que iba de la botella de oxígeno a la escafandra de Miroslava Schovalov!

Haniel Kidder dejó escapar una exclamación ronca. La navaja escapó de sus dedos... dio un formidable tirón, ¡las cuerdas saltaron!

-¡Kidder! -llamó la voz angustiada de Miroslava-. ¡Socorro! ¡Me... me ahogo...!

Haniel Kidder alargó la mano hacia la ametralladora que estaba allí cerca, junto a él. Miroslava Schovalov, perdiendo sus fuerzas con la misma rapidez que se asfixiaba, ya no pudo retener la mano de Muzio Sagrovich. Éste desasió de un tirón su mano armada... levantó el brazo para asestar la cuchillada fatal...

Kidder se echó la culata de la pistola ametralladora al hombro y disparó.

Los rápidos disparos del arma no pudieron escucharse en aquel vacío sin atmósfera. Pero largas pufaradas de pólvora salieron a gran distancia contra Muzio Sagrovich. Éste se estremeció convulsamente con el brazo alto... echó la cabeza atrás...

Un siniestro y ronco estertor brotó de su garganta... rodó por el polvo y quedó inmóvil junto a la también inmóvil compatriota a la que había estado a punto de asesinar.

-¡Miroslava! -gritó Haniel soltando la ametralladora.

Y corrió hacia la muchacha.

La volvió boca abajo para enchufar con temblorosas manos el tubo de goma a la escafandra... abrió un poco más la espita reguladora...

El oxígeno puro contenido en la botella penetró a presión en los asfixiados pulmones de Miroslava Schovalov. Kidder, para hacer doblemente eficaz la benefactora acción del oxígeno puro, le practicó la respiración artificial...

La muchacha empezó pronto a dar señales de vida. Haniel la llamó:

-¡Miroslava! ¡Miroslava!

Le extrañó mucho que ella no contestara, cayendo luego en la cuenta de que ni siquiera escuchaba su respiración. Pronto comprendió el porqué. Durante la lucha, Miroslava había perdido una de las clavijas que conectaba su pequeño receptor de radio al micrófono interior de su escafandra. Ella podía oírle, pero él no oía sus palabras. Enchufó la clavija y preguntó de nuevo:

-¿Te encuentras bien, Miroslava?

-¡Dios mío! -exclamó ella sentándose en el suelo con la ayuda de

Haniel-. ¿Cuánto tiempo estuve sin sentido?

-Apenas un minuto.

-¿Muzio?

Él señaló con un ademán el inmóvil cuerpo del sargento.

-¿Está muerto?

-Creo que debe estarlo. Disparé en el mismo instante que iba a clavarte el cuchillo.

-¡Haniel, qué horrible es todo esto! -exclamó la joven en un sollozo. Y se echó en los brazos de él.

Sus respectivas escafandras chocaron con metálico ruido interior.

Kidder la retuvo unos minutos estrechada contra sí sin pronunciar palabra. Luego murmuró:

-Miroslava. Si no entendí mal lo que dijiste a Sagrovich, debo pedirte perdón por haber pensado mal de ti. ¿Nunca quisiste traicionarme, verdad?

-No. Pero aun así, debo ser yo quien te pida perdón. Puse en peligro tu vida sólo porque me aterra la idea de ser abandonada en la Luna. Y no tenía derecho a hacerlo, sin contar antes contigo.

-Miroslava, puedes creer si te digo que yo nunca hubiera podido abandonarte a tu suerte en este horrible mundo.

-Lo presentí, Haniel. Y precisamente por ello, cuando Sagrovich me habló de una idea suya para que él y yo pudiéramos abandonar la Luna y regresar a la Tierra con un cargamento de oro... le escuché. La perspectiva de poder escapar a mi horrible sentencia y volver contigo a la Tierra era demasiado hermosa para mí... incluso sin contar de antemano con tu autorización. Sagrovich hablaba también el inglés y naturalmente, no pude comunicarte lo que pensaba hacer... dejándote en la creencia de que estaba de parte de Muzio para traicionarte y asesinarte. Haniel, ¿cómo pudiste creerme capaz de una cosa así?

-Lo creí -repuso Kidder entre dientes-. Y no cabe duda que la sinceridad de mis convicciones engañó completamente a Sagrovich.

-Eso es cierto -repuso Miroslava-. Verdaderamente, hubiera sido una desgracia que Muzio desconfiara, ya que sabiéndose condenado a perecer en la Luna, ni aplicándole un hierro candente a la planta de los pies habría confesado dónde se escondían los restos de su cohete ni cuál era su proyecto para que pudieran salir dos en el *Explorer*.

-También fue una suerte la existencia de ese montón de oro. Muzio, midiendo tu ambición con el rasero de la ambición propia, pensó que era suficiente la promesa de hacerte rica para incitarte a la traición.

-Sí -murmuró la chica. Y agregó tras una corta pausa-. La ambición es el motor más poderoso de cuantos mueven las acciones de los hombres. ¿Sabes lo que estoy pensando, Haniel? Pues que si tú quisieras ahora, podrías sustituir mis cincuenta kilos de peso por otros tantos de oro, y ser

un hombre rico cuando regresaras a tu Norteamérica.

-¡Cielos, es verdad! -exclamó Kidder con acento del más grande asombro. Y añadió riendo-: ¿Sabes lo que se me ocurre, muchacha? Pues que si logro llevarte sana y salva a la Tierra y algún día me caso contigo, podré decir con toda propiedad que me cuestas exactamente lo que pesas en oro.

-Haniel... -musitó la muchacha con voz ronca por la emoción.

Él estrechó con fuerza sus manos entre las suyas enguantadas.

CAPÍTULO IX

De regreso en el *Explorer* y mientras Miroslava descargaba la carretada de cohetes que habían traído en los trineos, Haniel Kidder trepó de nuevo a la carlinga del aparato y encendió la emisora de radio.

Suponía, y supuso bien, que la no realizada emisión de las siete tendría inquietos y preocupados a sus superiores en la Tierra.

Teniendo tantas cosas que decir, y agravándose como se agravaba por instantes el problema de la escasez de oxígeno a presión. Y en vez de emplear las señales telegráficas convenidas, utilizó el micrófono para comunicar de viva voz.

Kidder no había dicho nada de la astronauta rusa que había encontrado en la Luna en su emisión anterior. Por lo tanto tuvo que relatar abreviadamente sus aventuras desde el principio, terminando con estas palabras:

-Suplico a ustedes, señores... y a usted, general Darrhan... y a quien quiera que corresponda tomar una decisión a este respecto, consideren atentamente el caso de conciencia que para mí supone tener que abandonar a la teniente Schovalov cuando existe alguna posibilidad de poder sustraerla al dramático fin que le espera. El mundo, creo yo, no me perdonaría jamás que con el permiso e incluso con la negativa de mis superiores, dejara abandonada a una mujer que ha demostrado su valor al aceptar voluntariamente las consecuencias de su ejemplar sacrificio.

Kidder, probablemente, no pudo evitar que su voz temblara al elevar esta súplica. Y el acento de sus palabras, aunque desfigurado por la radio y la distancia, debió impresionar de alguna forma a los que allá en la Tierra le escuchaban con la respiración en suspenso inclinados sobre el receptor de la radio.

Fue el propio general Darrhan quien contestó:

-Está bien, Kidder. Naturalmente, no puedo tomar yo solo una decisión tan arriesgada y que de tal forma compromete el éxito de nuestra operación. Vuelva a sintonizar su radio dentro de sesenta minutos. Diga si ha entendido y corte.

-Entendido, mi general. Corto hasta dentro de una hora -contestó Haniel Kidder.

El astronauta descendió del aparato para reunirse con Miroslava Schovalov al pie de la escalerilla.

-¿Y bien?

-Creo que todo se arreglará, querida. No temas. Aun cuando mis superiores me denegaran el permiso para llevarte conmigo, lo cual no creo, yo te sacaría de aquí pasara lo que pasase. Volverán a llamar por radio dentro de una hora. Veamos si mientras tanto encontramos la forma de

colocar todos estos cohetes de manera que puedan encenderse eléctricamente y ser soltados luego que se hayan consumido.

Los dos jóvenes astronautas trabajaron durante una hora en la solución del problema, hasta que Haniel Kidder consultó impacientemente su reloj y volvió a trepar a la cabina del aparato.

-Escuche, Kidder -dijo la premiosa voz del general Darrhan luego de haberse cruzado las primeras palabras de cifra-. Vamos a ver si entre todos podemos hacer algo por la teniente Schovalov. Díganos qué tipo de cohetes y en qué cantidad los tiene usted para que podamos calcular sus posibilidades de alcanzar la atmósfera de la Tierra.

Kidder dio rápidamente todos los datos que se le pedían desde la Tierra, sin olvidar naturalmente el peso de Miroslava.

-Estoy tratando de sujetar esos cohetes alrededor del cuerpo de mi aparato -terminó diciendo.

-Siga usted en su trabajo, Kidder. Volveremos a comunicar dentro de una hora y treinta minutos. Diga si ha entendido y corte.

Kidder abandonó nuevamente la cabina para reunirse con Miroslava. El estudio previo de sus posibilidades de llegar a la Tierra era, naturalmente, muy importante. El problema, que resultaba de una complejidad enorme al intervenir nuevos factores de pesos y de fuerzas, sólo podía ser resuelto con la necesaria rapidez por los monstruosos cerebros electrónicos que en aquellos momentos se ponían a trabajar allá en la Tierra.

Cuando una hora y treinta minutos más tarde Kidder volvió a sintonizar la radio, las manos le temblaban al enchufar las clavijas. Los informes que recibió, por fortuna, eran favorables.

El *Explorer* podía abandonar la Luna y llegar a la Tierra con un razonable margen de probabilidades a su favor, a condición de que sus tripulantes se atuvieran a cada una de las instrucciones que se les darían desde Tierra.

Una larga lista de objetos de los cuales deberían desprenderse, le fue facilitada a Kidder. Por último, la voz del profesor Kroeber anunció:

-El momento más apropiado para el despegue será dentro de 45 minutos, Kidder. ¿Podrá usted tener lista la máquina para entonces? Cambio.

-Lo procuraré, señor Kroeber. Cambio.

-Pues nada más, Kidder. Corto.

* * *

Cuando 45 minutos más tarde Haniel Kidder se despojó de su escafandra y miró a Miroslava Schovalov, su sudoroso rostro mostraba preocupación.

En la cabina, herméticamente cerrada, había sido insuflado oxígeno a

presión, y en el suelo, alrededor del aparato, se veían desperdigados los restos del equipo abandonado; trineos, botellas de oxígeno, aparatos de radio, cajas de latas, cantimploras, máquinas fotográficas, contadores Geiger, espectrómetros y demás material científico.

En la cabina, Kidder encendió la radio y el radar.

-Haniel -dijo la muchacha posando sobre él sus hermosas y graves pupilas-. Me pregunto si tengo derecho a imponerte el riesgo que vas a correr por mi causa.

-Te quiero -repuso el astronauta con sencillez-. Y la mujer amada tiene derecho a exigirlo todo del hombre que la ama.

-¡Hola, Luna! ¡Hola, Luna! -llamó la debilitada voz de los operadores terrícolas por el tornavoz del aparato de radio.

-¡Hola, Tierra! -contestó Kidder-: Aquí Luna. Operación *Explorer*. Kidder a la escucha. Cambio.

-¡Hola, Kidder! Mojave al habla. ¿Preparado? Cambio.

-Listo para despegar. Cambio.

Una breve pausa se produjo. Los dos ocupantes de la angosta cabina se miraron.

-¡Hola, Kidder! Kroeber al aparato. Atención. Sus cohetes de carga sólida deben bastar para levantarle de la superficie del suelo, pero no serán suficientes para llevarle fuera del campo de atracción de la Luna. Mueva el control de ignición de la batería de cohetes. Deje transcurrir dos minutos y abra a medias la espita del flúor. ¿Entendido? Cambio.

-Entendido, Kroeber. Estoy preparado. Cambio.

-¡Atención, Kidder! Aquí Kroeber. ¡Adelante!

Haniel Kidder movió el interruptor eléctrico de ignición conectado a la batería de cohetes rusos y, casi instantáneamente, se experimentó un ligero movimiento hacia arriba.

El *Explorer*, con todos sus cohetes exteriores encendidos, se elevó en la forma lenta y majestuosa característica de las máquinas de su tipo. Lenta al principio, ciertamente, aunque progresiva y aceleradamente rápida hasta que sus tripulantes se sintieron *pesar* sobre el asiento.

-Esto va bien, muchacha -murmuró Kidder sin apartar sus ojos del minutero del cuadro.

Miroslava no contestó. No quería distraer a Kidder y, de otra parte, no tenía nada que decir. El amasijo de temores, preocupaciones y emoción que sentía, era demasiado complicado para poderse expresar. Había venido a la Luna para morir en ella, y había creído que podría hacerlo con resignación y alto espíritu de sacrificio.

Ahora, en cambio, su espíritu pendía en vilo de la delicada operación del despegue. Un par de cohetes que fallaran podrían acarrear consecuencias fatales.

No en este preciso instante, ya que la fuerza de atracción de la Luna era pequeña y el *Explorer* poseía medios suficientes propios para elevarse hasta más allá del campo de atracción del satélite. Pero sí sería fatal más tarde, cuando el *Explorer* se acercara a la Tierra a una velocidad tremenda y el cohete necesitara de toda la potencia de sus motores y hasta la última gota de combustible para frenar la velocidad de su caída sobre la Tierra.

-Dos minutos -murmuró Kidder. Y abrió a medias la espita del combustible propio, el cual ardió en las toberas del *Explorer* impulsando a éste a todavía mayor velocidad.

El radar volvía a funcionar como a la llegada del *Explorer*, sólo que ahora eran más lentos y espaciados los ecos que devolvía la Luna a medida que se alejaba de ella.

Transcurrieron algunos minutos. Y nuevamente, en la radio la voz del profesor Kroeber anunció:

-Cierre la espita, Kidder. Si no falló ningún cohete, debe tener usted impulso suficiente para llegar a la zona neutra a una velocidad mínima de mil kilómetros por hora. A partir de ahí empezarán a caer hacia la Tierra a una velocidad creciente. Hemos afinado mucho los cálculos para ahorrarle la mayor cantidad de combustible. Y ahora, procure desprenderse de esos cohetes vacíos. Cambio.

Haniel pulsó un botón del tablero. Y allá afuera, un haz de tubos vacíos se desprendió del cuerpo del cohete.

La operación del despegue estaba terminada. Ahora empezaba la parte verdaderamente difícil de la aventura. Las 60 probabilidades entre cien que Haniel Kidder tenía a su favor al despegar de la Tierra, se habían reducido a sólo 20 después de cargar con Miroslava Schovalov.

Ella no lo sabía. Pero en verdad que su suerte habría de ser tan grande como la pericia y la serenidad de Haniel para que ambos pudieran llegar sanos y salvos a la Tierra.

* * *

La Tierra estaba allí, pero ellos no podían verla. Bajaban por su cono de sombra a terrible velocidad y, según el altímetro-radar, se encontraban a solo 2.500 kilómetros de altura sobre ella.

Desde muchas horas antes, el Explorer lanzaba largas lenguas de llamas por sus toberas de proa. Pero en este instante, el *licuometer* señalaba cero.

Se había apurado hasta el límite la capacidad de la máquina para frenar el tremendo impulso que los había traído desde la zona neutra de atracción entre la Tierra y la Luna.

-¿Crees que lo conseguirás, Haniel? -preguntó Miroslava con un soplo de voz.

-Haré cuanto esté de mi mano, pequeña. El resto queda de la mano de

Dios... y de los hombres que construyeron este aparato. Debemos ponernos las escafandras ahora. ¿Quieres darme un beso?

La muchacha puso sus yertos labios sobre los resecos de él. Y mientras tanto, el “Tiiin... tiin” del radar se hacía más rápido y agudo.

-Gracias, Miroslava -dijo Haniel tratando de sonreír-. Pase lo que pase... habrá sido una dicha haberte conocido y amado.

-Haniel. Parece como si estuviéramos despidiéndonos hasta la eternidad -dijo ella quejosamente.

-No, muchacha -Haniel hizo una mueca-. Llegaremos a esa maldita Tierra sanos y salvos. Vamos, ponme la escafandra ahora. No falta ni un momento para que atravesemos la primera capa atmosférica.

Rápidamente, la chica cogió la escafandra y la levantó sobre la cabeza de Kidder. Antes de encerrar la cabeza del piloto, no obstante, todavía dijo:

-Pase lo que pase, Haniel... gracias. ¡Muchas gracias por todo!

Y dejó caer de golpe la escafandra. Un leve movimiento rotatorio la aseguró al escote metálico. Ella conectó las gomas a la botella de oxígeno y abrió la espita.

Se puso a continuación su propia escafandra. Las pequeñas emisoras de radio que utilizaron en la Luna habían sido abandonadas con el resto del equipo. Por lo tanto, y no estando prevista la eventualidad de que dos personas tripularan el *Explorer*, no podían comunicarse tampoco a través del amplificador del aparato.

La máquina caía hacia la Tierra a tremenda velocidad y en el cuadro de instrumentos, Haniel veía elevarse rápida y constantemente la temperatura de la proa del cohete. Ésta subió casi bruscamente a 200 grados centígrados, pero pronto el indicador marcó los 400 grados.

En este punto, Haniel Kidder empezó a sentir una suave resistencia en los mandos. El *Explorer*, bajando como un proyectil desde las remotas profundidades del espacio, encontraba a su paso una capa de aire cada vez más densa.

Haniel Kidder, con el rostro empapado de sudor, tiró con suavidad y firmeza de la palanca. La temperatura en la proa del cohete era entonces de más de 500 grados y todavía seguía subiendo. El calor era intenso en las paredes metálicas del casco, y sin el sistema de refrigeración automático, Kidder y su intrépida pasajera hubieran quedado asados.

El aparato, que Haniel había empezado a enderezar lentamente, se puso de pronto a dar cabriolas, girando sobre su imaginario eje longitudinal y temblando en aterradoras sacudidas al chocar contra sus propias ondas de aire.

Acababan de entrar en la barrera del mando.

Los mandos, súbitamente rígidos, parecían agarrotados y no obedecían a los tirones del piloto. Miroslava Schovalov puso su enguantada mano

sobre el brazo de Haniel Kidder...

Cinco minutos, largos como siglos, duró aquel traqueteo que parecía iba a desencuadernar la máquina de un momento a otro...

El *Explorer* entró de súbito en una zona de corrientes tranquilas, donde los mandos, aunque duros, obedecían ya a los impulsos del piloto. La temperatura aumentó en la proa del cohete. Si a los tripulantes les hubiese sido dado poder mirar al exterior, el deslumbramiento de la candente punta del cono los hubiera obligado a cerrar los ojos.

Y si despojados de sus escafandras hubieran podido oír algún ruido, el agudo silbido del aire les habría congelado la sangre en las venas.

La máquina, penetrando más y más en la envoltura gaseosa del planeta, cruzaba el espacio como un incandescente meteorito. No obstante, la espantosa velocidad de su caída se había amortiguado considerablemente con el freno del aire sobre los planos sustentadores. Parecía un milagro, pero Haniel Kidder empezaba a presentir que iban a conseguir llegar abajo sin que el *Explorer* estallara y se desintegrara como un meteoro.

Kidder hizo una seña a Miroslava para que le quitara la escafandra...

La atmósfera era abrasadora dentro de la caldeada cabina, a tal punto que evaporó rápidamente el sudor del rostro del piloto. Con una mano, mientras Miroslava se desprendía a su vez de su escafandra, Haniel descorrió la cúpula giratoria sobre su cabeza. La luz del sol entró a través del cristal de cuarzo y un cielo de límpido azul se mostró a los maravillados ojos de Haniel.

-¡Lo conseguimos, Miroslava... lo estamos consiguiendo! -exclamó roncamente.

-¡Haniel... Oh, Haniel! -fue todo cuanto la chica acertó a contestar.

Kidder movió la palanca hacia la derecha. El *Explorer*, obedeciendo dócilmente a los mandos, volteó para planear en posición invertida.

Colgando cabeza abajo, Kidder lanzó ahora una ansiosa mirada a tierra. Habían cruzado como un bólido el hemisferio oscurecido del planeta y tenían a su alrededor la brillante luz del día. Debajo de su cabeza se extendían las azules aguas del mar. Lejos se divisaba la línea brumosa de la costa.

-Menos mal -dijo Kidder volviendo a enderezar el aparato a su posición de vuelo normal-. Hubiera sido una desgracia que después de habernos librado de morir achicharrados fuéramos a chapuzarnos en el mar. Delante de nosotros se ve tierra firme. No sé qué tierra pueda ser, ni me importa, con tal que no sea una isla demasiado pequeña para que podamos detenernos en ella.

Minutos más tarde, el *Explorer* descendía a gran velocidad hacia tierra. Haniel ladeó el aparato para inspeccionar el paisaje que se extendía debajo. La Providencia le había deparado un buen sitio para aterrizar, porque en

todo cuanto alcanzaba la vista no se veía más que un dilatado desierto...

-Allá vamos, pequeña -dijo Haniel a su compañera-. Éste es el momento de cruzar los dedos. ¡Crúzalos!

-¿Así?-interrogó Miroslava mostrándole el dedo medio de la mano montado sobre el índice.

-¡Aja! -contestó Kidder. Y entrecruzó a su vez los dedos.

Un empujón a la palanca, accionando el dispositivo hidráulico, hizo salir de alvéolos las dos pequeñas ruedas del tren de aterrizaje. Las ruedas estaban una detrás de otra como en una bicicleta, y se daba por descontado que un aterrizaje así había de acabar forzosamente en un regular porrazo.

Haniel Kidder apretó los dientes y tiró hacia sí de la palanca.

La visibilidad era muy defectuosa a través de la cúpula y el terreno que alcanzaba a ver estaba muy por delante de la proa del cohete...

El *Explorer* dio un rebote después de su primer contacto con el suelo... volvió a caer... rodó dejando oír espeluznantes chirridos... botó... se inclinó...

Una de sus romas alas debió pegar contra una roca. El aparato dio un giro rápido a la derecha y, dando vueltas sobre sí mismo, se deslizó de costado hasta que se escuchó un ensordecedor estruendo y detuvo en seco.

Un gran silencio siguió al chirriar y desgarrar del metal. La cabina se había rajado por el fondo y una sofocante nube de polvo entró por allí envolviendo a los aporreados y medio atontados astronautas.

-¡Miroslava! ¡Miroslava!

-¡Haniel! -contestó la muchacha con acento del más exaltado júbilo.

Se echaron uno en brazos de otro... tanteándose como para asegurarse de que estaban vivos y completos... murmurando entrecortadas frases de ternura...

* * *

Lo primero que vio Haniel Kidder al salir por la angosta escotilla del humeante *Explorer*, fue a un tipo corpulento y barbudo, vestido con astrosas ropas, que acompañado de un perro se acercaba llevando una escopeta entre las manos.

Al fondo del polvoriento paisaje, sobre una pelada colina, se levantaba una rústica edificación de troncos con un gran porche y un molino de viento metálico muy cerca. No lejos, un gran rebaño de ovejas pastaba los agostados hierbajos del desierto.

-¡Válgame el cielo! -exclamó el hombre en inglés-. ¿Pero no se han matado con ese golpe?

-Ya ve usted que no -contestó Haniel echándose a reír. Y preguntó-: ¿Qué parte del mundo es ésta?

-Están ustedes a doscientas millas al sudoeste de Charleville, si es eso

lo que quieren saber.

-¿Charleville? ¿Dónde demonios para eso? -inquirió Haniel.

-¿Es que no lo sabe, joven? ¿Pues qué clase de pilotos tenemos ahora, que ni siquiera conocen la geografía de su país?

-Oiga, viejo -dijo Kidder conciliador-. Habla usted un inglés muy raro. Estamos en los Estados Unidos, ¿no?

El otro abrió su desdentada boca, semejante a una oscura cavernosidad entre la gris y enmarañada barba.

-¿Estados Unidos? -barbotó-. ¡Esto es Australia, joven! Oiga, ¿pero de dónde salen ustedes?

-¿Quiere decir de dónde venimos? -Haniel Kidder se volvió buscando con los ojos el pálido rostro de la Luna que brillaba en el cielo azul del desierto. Y señaló-: De allá arriba. De la Luna.

El colono escupió un salivazo sobre una lagartija que tomaba el sol sobre una piedra.

-Se lo advierto, joven. No me gusta que nadie se chunguee de mí. ¿Lo entiende? Bien está que oculte su lugar de procedencia, ¡pero no quiera hacerme creer que caen ustedes de la Luna! ¡Vamos, no faltaría más! Y vengan para la casa, si es que quieren tomar un poco de café y quitarse la sangre de esos arañazos.

El australiano soltó un gruñido echando a andar en dirección a la casa de la colina. Haniel Kidder cruzó una mirada de perplejidad con Miroslava Schovalov. De pronto, los dos se echaron a reír a carcajadas arrojándose el uno en brazos del otro.

-Vamos a tomar ese café caliente, muchacha -dijo Kidder-. Y si en verdad quieres que nos evitemos una bronca con este buen hombre... ¡guárdate mucho de jurar que vienes de la Luna!

-La Luna... -murmuró la muchacha levantando sus ojos hacia el lejano y frío satélite-. Sí, Haniel. Por ahora, y mientras no estemos en territorio de los Estados Unidos, quizás sea mejor que no hablemos de esto... ¡Nos iban a tomar por lunáticos!

Y riendo, cogidos de las manos, los dos astronautas echaron a correr detrás del colono que los precedía con lento y cachazudo paso hacia la casa de la colina.

En el azul del cielo, la cara de la Luna les sonreía.

FIN

Primero fue un ballenero, luego un avión y más tarde un observatorio polar quienes experimentaron los síntomas extraños que dieron origen al

MISTERIO EN LA ANTARTIDA

Algo había en los Montes de la Reina Maúd que desconcertaba a los científicos y al servicio de inteligencia de la Marina.

MISTERIO EN LA ANTARTIDA

es la novela de los hombres de acción, que dibujado por la mano maestra de

LARRY WINTERS

constituye el mejor relato fantástico de la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.